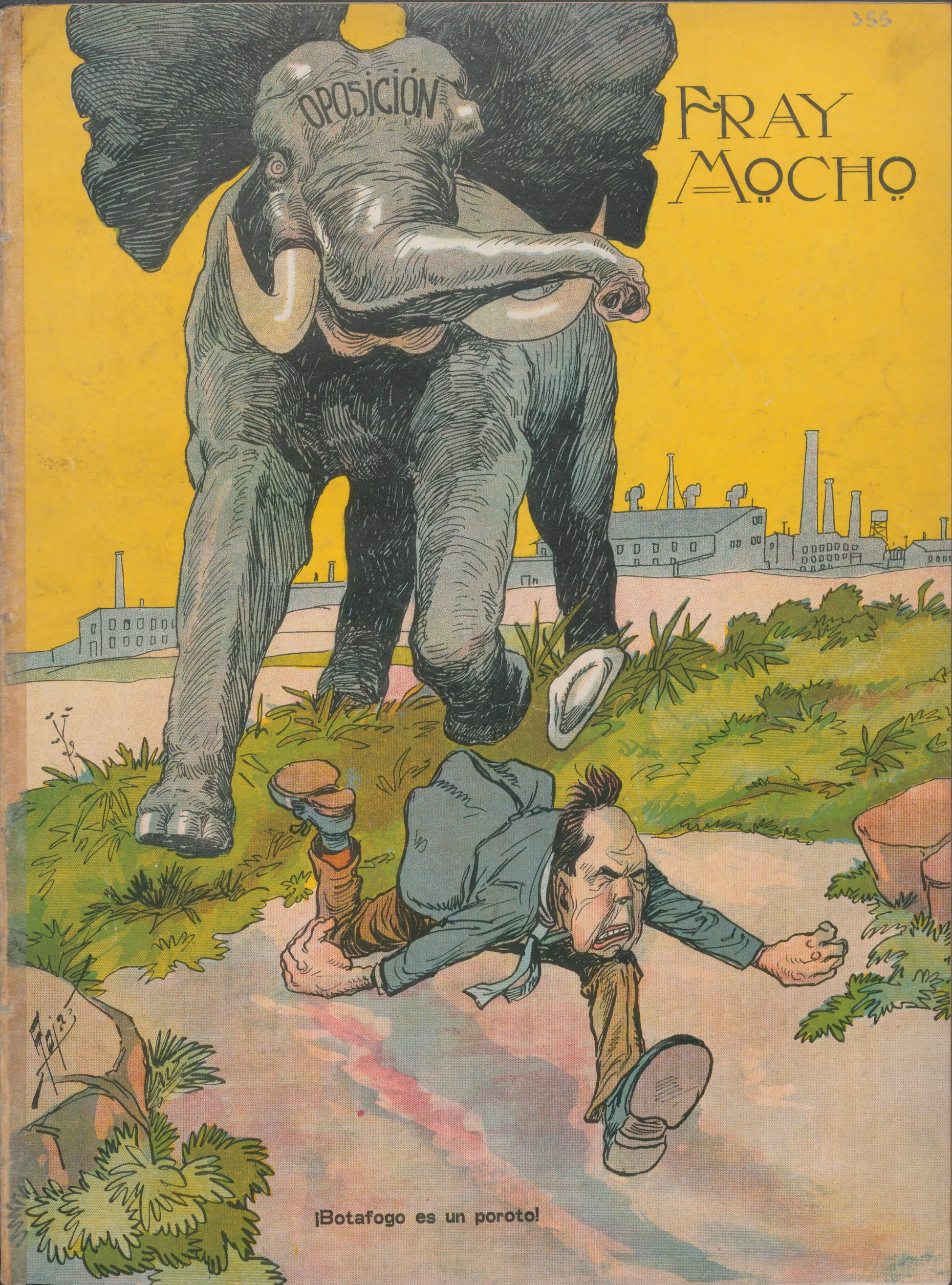


OPOSICIÓN

FRAY
MOCHO

¡Botafogo es un poroto!



DE TODO UN POCO



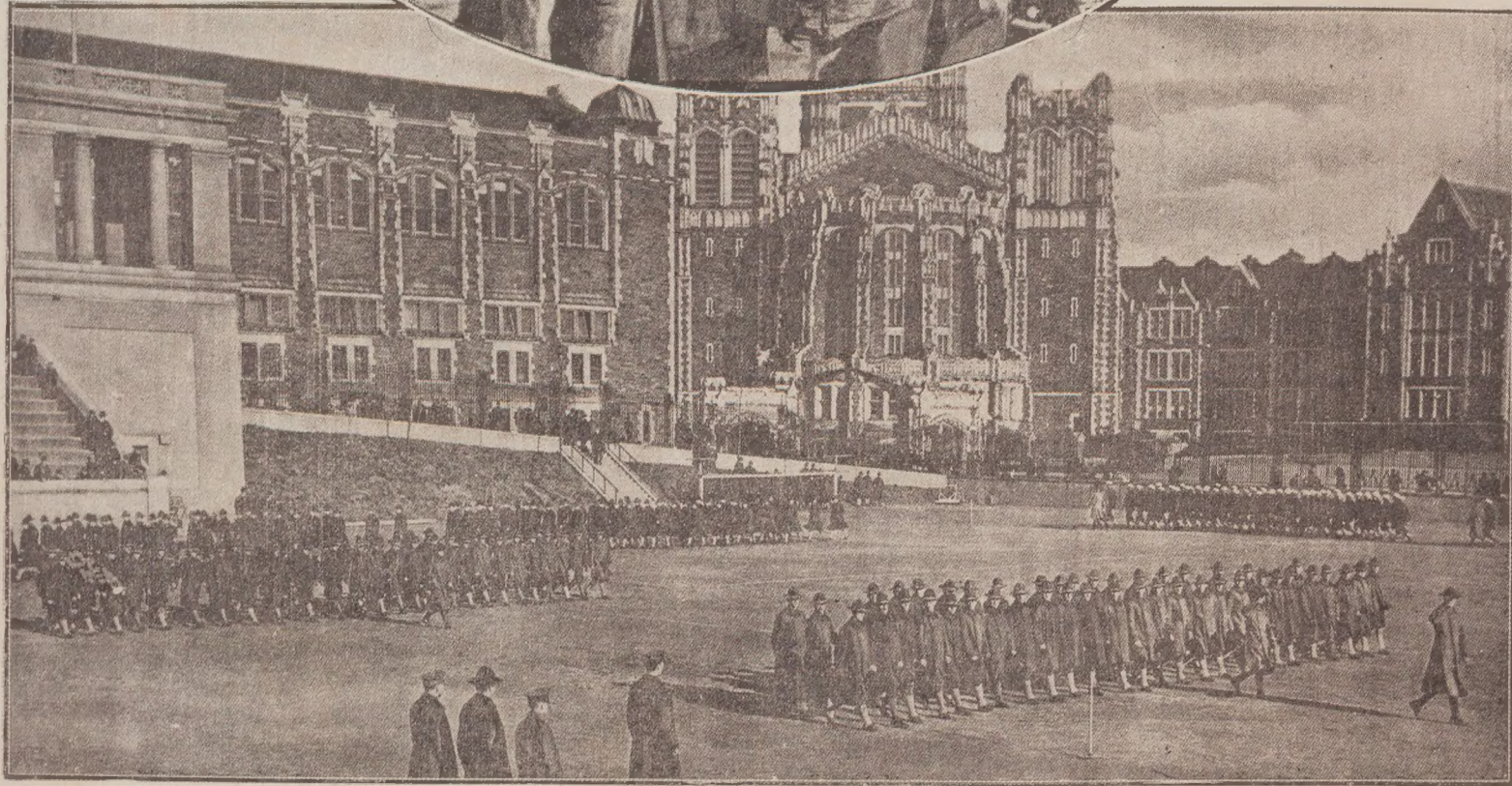
En el cementerio del pueblo de Vouziers, reconquistado por las tropas francesas, fué descubierta la tumba del famoso aviador Garros, que cayó en combate en octubre último.



Aparato contra los gases asfixiantes inventado por el francés Vermorel y empleado últimamente por los soldados franceses. Satura el aire con una preparación que anula el efecto venenoso de los gases.

© ©

Un grupo de niños armenios que maltratados por los turcos y expulsados de los pueblos del centro del Asia Menor llegaron por fin a Jericó después de haber recorrido 500 millas!



Los numerosos alumnos del Colegio Municipal de Nueva York, que se han enrolado en el ejército y la marina, desfilan en el estadio del Colegio frente a los imponentes edificios de la institución.

FRAY MOCHO

Año VIII

Buenos Aires, 11 de febrero de 1919

Núm. 355

Efectos de una interpelación

Malos vientos soplan en la pajara municipal. Un recio huracán de interpelaciones ha concluido con las últimas plumas de los desgraciados "pajaritos". A estas horas, aun sin poder apreciarse la totalidad de los daños, el espectáculo oprime y desgarró el alma.

Teníamos todos los habitantes de la metrópoli un concepto no muy alto, pero, al fin, benévolo para juzgar la consabida inferioridad de los servicios municipales. Habíamos visto con tristeza, aunque sin acritud, cómo durante la huelga, ni los mercados tenían víveres baratos, ni las calles brillaban por su limpieza. "Dificultades insalvables"... murmurábamos. Y por más que algún espíritu recalcitrante insistiera en que lo peor no era el hecho, sino la total ausencia de la voluntad encargada de modificarlo; por más que preguntara indignado:

—¿Qué hace la municipalidad?" —la gente no se conmovía, y explicaba que aquello era caso de fuerza mayor.

Pero hoy... Hoy, después de oír al concejal Cúneo; después de seguir la tortuosa y sorprendente línea de la conducta municipal en la cuestión pavimentos, y en las numerosas cuestiones que la interpelación ha removido... hoy, hoy la gente se agarra la cabeza y exclama:

—¡Qué pájaros!

La huelga marítima y un monstruo

Tanto ha durado la huelga marítima que los guinches del puerto se cubrieron de verdín. Pero esto no es nada. Cosas más extraordinarias hay que imputar a su formidable prolongación. Por ejemplo, la espantosa, increíble, enormísima "plancha" que de súbito se produjo el martes.

El ministro de marina, funcionario feliz, a cuya sagacidad y acierto se debía el admirable desmoronamiento de la terminación de la huelga, resolvió renunciar porque todo había concluido...

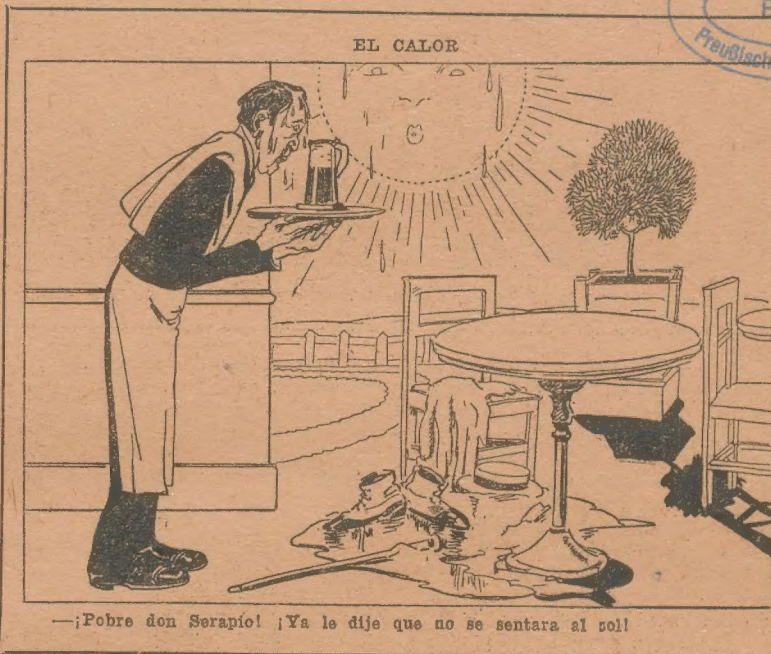
Efectivamente, todo había concluido... menos la "plancha", que, como decimos, es del tamaño de una ballena.

La utilidad del refranero

Excelente gobernador fué Sancho, al decir de peritísimos autores, con la notable particularidad de que su vasta ciencia, aparte de manejar del buen sentido, profundo y sólido, del inmortal personaje, se apoyaba en algo que generalmente desprecian los mandatarios argentinos, pero que la experiencia demuestra ser esencial: conocía los refranes.

Hay uno, modesto como todos ellos, pero hondo como un pozo de Comodoro Rivadavia, cuyo desconocimiento, al fin de cuentas, fué el que precipitó su caída: "el que mucho abarca poco aprieta".

Al cabo de varios siglos de ofre-



—¡Pobre don Serapio! ¡Ya le dije que no se sentara al sol!

cerse al mundo esta lección tan importante, parece que no debiera existir un solo caso de reincidencia. ¡Y sin embargo!... La manía personalista, la fe misteriosa en la propia inspiración, que lo mismo alienta a lustrarse los botines que a resolver ecuaciones, continúa haciendo estragos por el mundo, por el mundo de los gobernantes, sobre todo.

Nuestra administración y nuestra política, aun para los corifeos del optimismo oficial, distan de ser un modelo. Los funcionarios están lejos de haber inventado la pólvora. Con todo, nadie está más poseído de su papel omnisciente. Y cuanto más alto, mejor. La altura del poder no es un diploma, es la sabiduría misma. Desde allá, los más abstrusos problemas, las



La nieta le enseña un punto nuevo!

más difíciles cuestiones económicas y sociales, cuyo examen llena volúmenes y volúmenes, parecen juegos de chiquillos. Y con ese criterio, tan parecido a la ausencia de todo criterio, se provee los cargos públicos y se interpreta la Constitución, haciendo que ésta diga y mande lo que ningún constituyente osó jamás decir, y mucho menos ordenar.

Para suprimir las últimas consecuencias del sistema se han producido últimamente acontecimientos que en opinión de los que han intervenido en ellos, serán de indudable eficacia.

Por lo pronto, la mesa directiva del comité del partido radical de la capital se ha modificado, eliminando de su seno los elementos que activamente respondían a aquella tendencia. Una convención nacional fijará en breve el programa del partido, concretando en fórmulas precisas sus ideales en el terreno de la política práctica, y proscribiendo todo personalismo y absorción de facultades.

Y en otro sentido, más recio y directo, ha llegado a constituirse una Liga Radical de Protesta, cuyo presidente, el señor Raúl Villanueva, desde la famosa disidencia del doctor Giménez Zapiola en la intervención a Salta, viene exteriorizando ruidosamente su oposición al gobierno.

El manifiesto de la Liga, con franqueza democrática, pone los puntos sobre las íes y demuestra que sus firmantes, además de poseer un concepto claro de las prácticas republicanas, se sienten vivamente impresionados por otro refrán digno de cautivar a Sancho: "De los arrepentidos se sirve Dios..."

Se necesita un culpable

Como conclusión de un interesante artículo condenatorio de la actitud del gobierno en la huelga de enero, dice el doctor Estanislao S. Zeballos:

"Las personas impresionables y no versadas en la experiencia política propia y extraña, repiten el inconsulto grito de desaliento:

—¡Faltan hombres!

El error es evidente. Sobran hombres capaces de encaminar la opinión pública hacia los altos destinos que corresponden a esta nación; pero están solos y aislados.

La opinión pública demuestra unidad, efervescencia y exageraciones para las cuestiones europeas; y deplorable anarquía para las cuestiones propias, como si no formáramos una nacionalidad, sino un conglomerado colonial.

No faltan hombres. ¡FALTA PUEBLO!

La afirmación es interesante. Numerosos signos comprueban la probabilidad de su exactitud. Pero, ¿y los hombres capaces? ¿Por qué están "solos y aislados"? ¿Quién les impide reunirse, deliberar, y, sobre todo, "hacer"?

Un periodista inglés, comentando estas cosas, podría telegrafiar a su diario de Londres:

"La impugnación recíproca entre el pueblo y los hombres políticos es sin-

tomática. Un intenso marasmo paraliza la acción pública de los argentinos en el sentido de su mejoramiento colectivo. Y mientras discuten si el peligro es de galgos o de podencos, la mordedura llega..."

CRONICAS DE MAR DEL PLATA

La última semana fué de intensa animación en el balneario. Animación social y especialmente política. Llegaron, en caravana, como si fueran buenos amigos, diputados conservadores y radicales que buscaban reposar después de tanta y tan provechosa labor en la cámara de que forman parte.

Empeño inútil este de querer descansar en Mar del Plata. El comentario de los acontecimientos políticos implica una tarea inevitable para los que actúan en ellos.

Ese comentario constituye una necesidad casi, porque responde a apremiantes interrogaciones de los que, desde aquí, balneario el desarrollo de los sucesos. De ahí que los hombres políticos se vean en el caso de hacer declaraciones más o menos interesantes que circulan con rapidez y que suscitan censuras o aplausos "según el color del cristal con que se miran". Así, por ejemplo, el doctor Carlos Dose, capitán general de la Guardia Verde, opina que todos los actos del gobierno actual son el resultado de los falsos conceptos que tiene sobre el amor. Considera el simpático millonario, que si aquel sentimiento fuera más tolerado, el problema de la eutresía de la vida, vale decir, el más fundamental, sería resuelto de una manera satisfactoria. Agrega, después, a guisa de explicación, que nada hay que complique tanto la existencia como la necesidad de ocultar los afectos. Otros aseguran que la crisis de hombres ha traído, como resultado lamentable, la crisis de gobierno, que ellos declaran existente, sin admitir réplicas.

Figura, entre éstos, el doctor Tomás de Otaegui, abogado de los lecheros y autor de un libro que nadie ha leído, sobre el derecho foral.

El doctor Otaegui diserta, en ese sentido, ante numerosos amigos que lo escuchan en silencio religioso. Cuando el doctor Otaegui ha logrado convencer a sus oyentes se retira con toda la majestad de un sabio de cinematógrafo y sus admiradores más fervorosos, Rafael Carrasco (a) Carrasquito, Albizu y el cigarrero Fighiolo exclaman a una voz: ¡Qué hombre! ¡qué hombre!

El doctor Antonio Dellepiane explica los hechos del punto de vista sociológico. Los veraneantes, que ignoran, casi todos, la ciencia de Augusto Comte, eluden toda conversación con el maestro. Ahora éste se pasea y habla sólo hasta que sorprende a algún recién llegado y con él hace su academia.

Los radicales se ríen mucho de todo lo que aquí se dice en contra del presidente. Demasiado comprenden que desaparecerían los descontentos si El Hombre se decidiera a "escarlatizar" a muchos personajes que andan por aquí.

Los radicales se ríen, también, de los radicales. A Palito Veyga, lo burlan despiadadamente; a Carlos Melo, no saben ya de qué manera ridiculizarlo, y a Rogelio Araya, flamante conservador, que come y bebe con Benito Villanueva y Maneco Demaría, lo tienen loco a bromas de mal gusto.

Los conservadores, para no ser menos, se ríen hasta de los más respetables personajes del régimen. El otro día, el doctor Juan José Idoyaga Mo-

VIDA SOCIAL



Su impresión cuando advirtió que no tenía más que ocho pesos en el bolsillo.

lina se paseaba con el doctor Dardo Rocha. Mantenían animada, aunque ceremoniosa conversación. Terminada ésta, el doctor Idoyaga comunicó a sus compañeros más asiduos que acababa de ofrecer al viejo patricio la candidatura para la banca de senador. Con uniformidad aplastante lo declararon en idénticas condiciones de salud mental que el vicegobernador de Mendoza.

En fin, todo es broma en esta playa.

El domingo fué un día de regocijo en la cancha de pelota del Club del Mar del Plata.

Alberto Peralta Ramos y Juan Carlos Barba (colorados), se batían en interesante partido con José María Cullen Ayerza y Pedro Casado (azules). De pronto, Luis María Campos Urquiza, se presenta y grita: "¡Muchachos, a suspender el partido! Hay una gran noticia: Manuelito Acevedo acaba de sacar 'la grande'".

Aquello fué una algarabía espantosa. Todos querían ver a Acevedo para comprobar la verdad de la noticia. Acevedo la ocultó, modestamente, y le dijo a Campitos: ¡discreto!

Los bailes de los hoteles son una verdadera "cachiería", según la respetable apreciación de Jorgito Cabral, que acaba de llegar.

Promete organizar un cotillón para la semana venidera. Está formando las parejas. Ya enviaremos la lista.

Enviado especial.

Dumas garibaldino

Los acontecimientos que se desarrollaron en Italia en 1859, despertaron en Alexandre Dumas el deseo de conocer a Garibaldi, cuya personalidad cada día llamaba más la atención.

Partió para Turín y recogió de boca del gran guerrillero el relato de episodios que luego utilizó en sus "Memorias"; después se dirigió a Marsella,

a fin de embarcarse en la goleta "Emma", que él mismo había hecho construir. Su programa bien decidido, era visitar, en buena compañía, Venecia, la Iliria las islas Jónicas, Grecia, Constantinopla, las costas del Asia Menor, Siria Palestina, Egipto, la Cirenaica y Tripoli; hacer, en una palabra, un "pendant" a los viajes célebres de Chateaubriand y de Lamartine en Oriente. Pero, como al llegar a Génova, supo que Garibaldi acababa de desembarcar, con sus mil soldados, en una pequeña bahía siciliana, hizo rumbo en seguida hacia Palermo, y entró en el puerto en el momento mismo en que Garibaldi ponía triunfante en la ciudad.

Después de una corta permanencia durante la cual se alojaron en el palacio real, Dumas y sus amigos recorrieron toda la Sicilia con los garibaldinos; después, Garibaldi confió al gran escritor la misión de ir a Francia para comprar armas para sus soldados. Dumas se embarcó a bordo de "Le Pausilippe", buque de las Mensajerías Marítimas, y fué a Marsella, donde compró mil fusiles rayados y quinientas carabinas, por el precio de noventa y un mil francos, de cuyo importe pagó cincuenta mil de su bolsillo, y volvió a la ruda de Nápoles, para esperar allí la llegada de Garibaldi. Pocos días después—7 de septiembre de 1860—el general entraba en la ciudad sin derramar sangre, y Dumas, renunciando a su viaje, se quedó allí.

Garibaldi, que retribuía con sincera amistad la admiración del novelista, lo alojó en el palacio de Chiatamone, lo nombró conservador de los museos de Nápoles, y le confió la misión de practicar nuevas excavaciones en Pompeya. Máximo du Camp, que formaba parte entonces del estado mayor garibaldino, relata a este respecto una anécdota curiosa:

"Alexandre Dumas — dice en sus "Recuerdos literarios"—estaba completamente entregado a su proyecto

de excavaciones, con su ardor acostumbrado; los planos de Pompeya estaban extendidos sobre su mesa; me los mostraba; los discutíamos, pues yo conocía el terreno. Me decía: "Verá usted, verá usted lo que vamos a extraer; a golpes de pico descubriremos el mundo antiguo". Quería escribir a París para que saliesen inmediatamente algunos sabios, arqueólogos, artistas, que le ayudarían en sus trabajos, dirigirían las excavaciones y numerarían los objetos..."

Dumas esperaba que Víctor Manuel pondría a su disposición una compañía de zapadores del cuerpo de ingenieros para los trabajos de excavación. Pero hizo cuenta errada, es decir, no pensó en que el pueblo de Nápoles, que no halló de su gusto que se confiara a un extranjero una misión—no retribuida,—y que preguntó si iba a comenzar de nuevo el régimen de los privilegios; que reputó un escándalo la intromisión de Dumas en las cenizas de Pompeya, y murmuró: "¡Fuori straniero!"

De todo esto Dumas no tenía la menor sospecha; pero nosotros estábamos prevenidos y en guardia. Entre los "popolani" del barrio de Santa Lucía, donde se fraguaban en Nápoles todos los motines, teníamos algún amigo que no era avaro de noticias, cuando estas noticias podían interesarnos y eran suficientemente pagados. Fué por uno de estos hombres por quien se supo en el palacio de la Firestiera, donde se hallaba nuestro cuartel general, que se preparaba una manifestación contra Alexandre Dumas, de quien se exigía la expulsión: se nos indicó el día y la hora.

Recibí, directamente del general instrucciones al respecto, y en el momento indicado, fui a juntarme con Dumas, en compañía de dos oficiales superiores que habían sido prevenidos. La guardia de Castelnuovo, situada en las cercanías del palacio de Chiatamone, había sido confiada a una compañía húngara.

Empezaba a anochecer.

Dumas estaba todavía sentado a la mesa, rodeado por algunos amigos, que nunca faltaron en su derredor; estaba de buen humor y reía a carcajadas de las historietas que le contaban. Se percibió un ruido desde afuera, lejano, indeciso, como de olas sobre los guijarros, que se fué acercando; Dumas prestó oído y dijo:

¡Hay, pues, una manifestación esta noche? ¿Contra quién? ¿Contra qué? ¿Qué más quieren? ¿No tienen a su "Italia una"?

Empezaban a distinguirse claramente los gritos: "¡Fuera Dumas! ¡Arrójalo al mar!" Los dos coroneles y yo salimos y nos pusimos en la puerta del palacio del Chiatamone; en el Castelnuovo, la compañía húngara se hallaba formada en el primer patio.

Se habían colocado dobles centinelas; el capitán estaba de brazos cruzados y apoyado contra la pared. La manifestación avanzaba, precedida por un bombo, un chineco y una bandera italiana. Se componía de cerca de trescientos hombres que gritaban a todo pulmón.

Cuando volví al palacio, hallé a Dumas sentado, la cabeza entre las manos. Le toqué el hombro, y me miró; con los ojos llenos de lágrimas, me dijo:

—Estaba acostumbrado a la ingratitude de los franceses; pero no esperaba igual trato de los italianos.

Esta respuesta, que hará tal vez reír a otros, me conmovió. Dumas tenía derecho, si no a gratitud, por lo menos a benevolencia por parte del pueblo napolitano; le había dado su tiempo, su dinero, su actividad y no era excesiva pretensión esperar que no se olvidara siquiera todo esto...

L. Henry LECOMTE.

GENIO
CIGARROS TOSCANOS
INSUPERABLES
A 10 CENTAVOS

EL RETRATO

Mi amigo el poeta se moría. El mal era irremediable; sordamente, a la manera del gusano que roe las entrañas del árbol, había venido minando su antes vigoroso organismo. Y ahora, el joven fuerte de otro tiempo, el varonil semblante, reflejo de audacias y energías, el cuerpo todo músculos que hacía pensar en los antiguos héroes, habíanse trocado en una ruina viviente, en un anciano de veinticinco años. Sólo los ojos negros de agudo mirar seguían alumbrando desde el fondo de sus cavernas bajo la amplia frente pensadora. Y era algo que infundía no sé qué secretas inquietudes, ese destello cálido de las pupilas brotando desde las hundidas cuencas e iluminando la demacración del rostro, cuya piel se distendía amarillenta sobre los huesos faciales.

Aquel día me llamaba y fui a verlo. Estábamos en Carnaval. Bajo el entoldado multicolor de los trapos tendidos en sillas atravesando las calzadas, movíase la multitud con zigzags y ondulaciones de serpiente. Y el vasto zumbido formado de chillidos, de cascabeleos, de panderetas sacudidas, de trompetadas, del rogar de millares de vehículos, se levantaba a los aires condensándose en un solo y bronco rumor de tempestad que avanza.

Mientras caminaba entre el estrépito de las calles, pensaba en mi amigo, y visiones melancólicas desfilaban en la mente a su recuerdo. Eran, primero, los días plácidos de nuestra niñez en el rincón nativo, cuando juntos despertamos al mundo; los sueños de la adolescencia, las luchas comunes más tarde, lanzados ya en los entreveros del recio batallar; la carcajada y la lágrima de la plena juventud, las esperanzas y los desalientos, la lenta ascensión a fuerza de puños y la caída aplastadora para recomenzar otra y otra vez... Unidos principiamos; unidos llegábamos a igual altura de la existencia, tras el largo combatir unidos. Y ahora, él se moría...

La grotesca turba enloquecida daba bestiales alaridos; en el espacio las serpentinatas entrecruzábanse con policromos vivoreos; risas, cantos, un vaivén frenético de seres pintarrajeados: vida y placer en todas partes. Y entretanto, allá, en el abandono de su cuarto solitario, mi amigo el poeta se moría...

Sentado en un sillón ante la abierta ventana, perdida la mirada en las lejanías del crepúsculo, su silueta tenía perfiles de fantasma frente a los tintes rosados de la tarde. Y algo de funerario había en aquella cara lívida y huesosa, algo evocador de visiones sepulcrales entrevistas durante lejanas pesadillas. Habló mi amigo el poeta, habló, habló. Sus palabras brotaban gemebundas como lamentos, tristes como suspiros, sonoras como imprecaciones. Y yo, comprendiendo que la catástrofe final se aproximaba, escuchábalo con el alma acongojada, estrangulando los sollozos.

Había sido en los comienzos de la enfermedad, una noche que se retiró malo a su habitación. Recordaba que, ya acostado, en completa quietud, permaneció insomne largas horas de sufrimiento, con los ojos muy abiertos, fijos en el retrato colgado de la pared frente al lecho. Aún estaba en el sitio de siempre ese retrato, un óleo de factura magistral, que reproducía cierta bellísima mujer en traje de baile. ¿Quién era?... Lo ignorábamos; sabíamos solamente que el cuadro se encontraba allí cuando mi amigo alquiló el departamento, y aun-

que después indagamos su origen, nada claro averiguamos. Quedó pues en el cuarto la efigie. Y suspendida del muro dentro de ancho marco dorado, esplendorosa de juventud y de belleza, mirábanos sonriente desde lo alto con sus inmensos ojos azules.

¡Oh! aquella noche, ¡cómo la recordaba ahora mi amigo! Parpadeaba el gas en una tenue lucecita a medio apagar dentro de la bomba biselada; penumbras multiformes, penumbras densas como nubes, penumbras animadas, se estiraban a lo largo de las paredes, se arrastraban en el piso, se agazapaban tras los muebles, se arrinconaban en los ángulos del cuarto, cual si tomaran posiciones para dar una carga de tinieblas... En el aire, una infinita rotación de discos plomizos girando vertiginosamente a millones entre la sombra, mientras su cerebro ardía con rojas llamaradas y en la frente, batida por el martilleo de las sienes, sentía punzazos de agujetas invisibles.

De pronto, el retrato se había movido. ¡Sí! él, mi amigo el poeta, lo vió. Fué primero una agitación apenas perceptible, algo como un estremecimiento; luego una inclinación, después la figura empezó despacio,

despacio, a destacarse del marco, a corporizar sus contornos, a vivir, en fin, y descendiendo desde lo alto, la mujer de los ojos azules avanzó suavemente hasta su lecho... Rodeada de sedas, el contacto de una mano aterciopelada que le apartó el cabello posándose en la incendiada frente, remolinos de perfume delicado como caricia, un busto femenino inclinado hacia él, los dos inmensos ojos contemplándolo cerca, muy cerca, y un beso... un dulcísimo beso fresco como gotas de rocío sobre sus labios resecaos...

¡Nada en la tierra es comparable a la sensación de alivio que él experimentó entonces! Sentada allí, junto al lecho, ella lo miraba. Y él recordó que la conocía. Era la misma, sí; la misma encarnación del ideal que él buscara en vano, la misma que soñara, la misma a quien amaba virtualmente; el ser intangible que después esperó de hallar jamás. ¡La había encontrado al fin!; estaba solo y ella venía a acompañarlo; enfermo, y lo velaba; doliente, y mitigaba su mal; ¡la había encontrado! y a su presencia sentía que en lo íntimo del alma revivían las muertas esperanzas de ventura.

No se hablaron. De vez en cuando ella, solícita, estiraba la colcha o arreglaba el almohadón del enfermo. Y éste sentía un bienestar supremo, que emanaba de su amada, una especie de flúido que le transmitiera en el contacto de su mano y en la fragancia de su aliento. Fué adormeciéndose por grados. Se creía mecido blandamente en espacio ignoto poblado de efluvios y de brisas aromáticas. Los inmensos ojos azules lo miraban cariñosos. Y el columpio seguía moviéndose en hondas combas adormecedoras...

Noche a noche volvió la visita en adelante. Cuando bullicio y movimiento se habían extinguido; cuando se acallaban los ecos de afuera y el silencio se expandía como una onda de paz sobre el dormido mundo; cuando la luz semiapagada abandonaba el campo a las sombras; cuando invadían éstas la estancia cual bandadas de monstruosos murciélagos que se persiguiesen entre sí batiendo en pesados revuelos sus alas membranosas, mi amigo veía surgir de la pintada tela la silueta humanizada del retrato. Iba, como la vez primera, a sentarse al lado del lecho. Y permanecía allí



La nueva tarea.

largas horas felices hasta que él se adormecía en un éxtasis. Sentía que la había amado siempre, aun antes de contemplar su imagen viva. La había amado en la infancia como un misterio, en la adolescencia como una esperanza, como un ideal en la juventud. Y la amaba ahora como a la esencia misma de su vida, como a su salud que por ella y para ella iba sin duda a recobrar.

—Pero, ¿sabes? anoche no ha venido. Cuando pasó la hora de costumbre sin que ella se moviese de su marco, una angustia horrible se apoderó de mi alma. ¡Ah! ¡nunca amante alguno desoló con más vehemencia la llegada de su amada! Su imagen estaba a mi frente. Esperé... esperé. Amaneció. Por las rendijas de la ventana filtráronse claridades blanquecinas. Y cuando el sol y el ruido invadieron la tierra, aun seguían mis ojos clavados en la imagen muerta...

Se revolvía en el sillón mi pobre amigo. Como el viento entre los intersticios de una tumba, silbaba en su garganta la fatiga. Sus manos de esqueleto accionaban temblando al hablar, mientras los ojos, aquellos ojos de loco, cuya mirada semejava el centelleo de un diamante negro, dirigíanse hacia mí con tenaz fijeza.

—Oye—continuó—esta noche vendrá, estoy seguro; ella sabe que su ausencia es mi muerte, y quiere que viva. Voy a hablarla, voy a describirle los padecimientos que me torturan cuando no está, voy a suplicarle que se quede, que no se vaya más. Accederá puesto que me ama; yo sanaré pronto gracias a ella, y seremos felices. Tú verás... tú verás...

Me quedé a la cabecera del enfermo cuando, llegada la noche, volvió al lecho. A lo lejos, la enorme ciudad se divertía festejando el Carnaval. Un confuso murmullo de enjambre enfurecido vibraba en los aires; sonaban tambores y cornetas poniendo notas estridentes de música bárbara entre la ronca sinfonía que acompañaba la zambra. Dentro del cuarto de mi amigo, yo velaba.

De repente se irguió éste sobre los almohadones. La mirada extraviada, roncando la voz, un estertor en la respiración, volvióse hacia mí:

—Ella no viene—dijo—ha pasado la hora; me abandona... No viene y se ha llevado mi vida, no viene y sólo esperaba en ella, no viene y sufro, no viene y en cada momento que se va, se va también un soplo de mi existencia, no viene y quiero vivir, no viene... no viene... no viene...

Suspendido del muro, a nuestro frente, inmóvil, el retrato sonreía. Mirábalo mi amigo reconcentrando en las pupilas saltadas su ser entero, espiando ansioso, anhelante, el movimiento que anunciaría la transformación. El retrato sonreía inmóvil al frente. Una súplica fervorosa en la

que había algo de invocación y de plegaria surgió sollozando de su pecho; lo llamó, lo imploró, quiso arrastrarse fuera de la cama para ir a tocarlo. Descolgué el cuadro y se lo alcancé. La seca y tendida tela redobló como el parche de un tambor bajo sus dedos trémulos. Estalló en llantos. Y oculta la cara entre las almohadas, lloró... lloró...

¡Penumbra de las noches de ventura, marciélagos de alas membranas, discos que giráis entre la sombra! ¡ella no viene! ¡Crujir de sedas, suave mano que acariciásteis su cabello, perfumes, columpios de adormecedoras combas, besos, dulcísimos besos frescos como gotas de rocío! ¿dónde, dónde estáis?... ¡Ella no viene!...

Fué esa madrugada. Murió mi amigo el poeta. Los rayos de una luz blanca, blanca como su alma, entraron por la ventana y fueron a acariciarle la yerta frente. Los labios entreabiertos parecían repetir aún: ¡ella no viene!... Y un payaso que pasaba por la calle de vuelta del baile, tañía un triángulo tocando a muerto...

Juan Pablo ECHAGUE.

Al galope

La noche está obscura y tempestuosa. Por estrecho sendero, que se dirige en zig-zag desde la falda hasta la cumbre del monte, rompiendo ramas y haciendo saltar las piedras, huyen al galope de sus caballos el seductor y la infiel esposa. A pesar de la rapidez de la marcha, no dejan de hablar.

—Van a alcanzarnos—dice él.
—¡Dios mío!—exclama ella.
—Si nos mata... mucho mejor.
—¡Oh! sí, sí, ¡que nos mate!
—A ti porque te adora.
—Yo le odio con toda mi alma.
—Y a mí porque me aborrece... Pero no nos matará.

—¿Por qué?
—Porque querrá vengarse de un modo más horrible.

—¿Cómo?
—Separándonos para siempre... Condenándonos a eterno sufrimiento.
—¡Oh, desesperación!
—Sabe que matándonos nos haría dichosos...

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...
Hubo un silencio de algunos segundos, durante los cuales se oyó el galopar de los caballos y el sordo rumor de las aguas de un torrente... Confundiéndose con estos ruidos sonó de pronto otro, que llenó de espanto a los dos amantes.

—¡Estás ciega—gritó ella con voz angustiada—de que no queda ningún otro medio de salvación?

—¡Ciertísimo.
—Y vamos a vivir sin vernos?
—¡Sí!
—Pues bien... ¡Muramos!
—Eso iba a proponerte.
—Escucha: a lo último de esta senda...

—Hay un precipicio, ya lo sé.
—Clava tus espuelas en el vientre del caballo... yo haré lo mismo... rodaremos juntos...

—Sí, ya voy... Dame un beso antes... ¡el último!
—Te lo daré en la muerte... ¡Corre, que nos alcanzan!

Uno delante del otro los caballos corrieron con rapidez vertiginosa.

El del seductor se hundió en el vacío. Entonces ella, tirando violentamente de las bridas y recurriendo a su habilidad de amazona, consiguió detener el suyo en el borde del precipicio. Y a la cárdena luz de un relámpago, contempló indiferente cómo rebotaba de peña en peña el cadáver del hombre que había sacrificado su vida sin vacilaciones.

Catulle MENDES.

HEMORROIDES

Las molestias que le ocasionan sus **HEMORROIDES** lo tendrán a usted continuamente en un estado de suma nerviosidad y no podrá sentarse libremente.

Use "**NORIDAL**" y usted será otro.

SENSACIONES de pesadez en el ano, falsos deseos, marcha y estaciones de pie o sentado dolorosas, congestión aumentada por el calor de la cama, dolores irradiados hacia el sacro, lomos, vejiga y órganos interiores, dolores de cabeza, insomnios, pesadillas, zumbidos de oídos, flujo sanguíneo, alteraciones del carácter.

TODO ESTO, sin mencionar las complicaciones posteriores, le produce una sola crisis hemorroidaria.

PIENSE Vd. en que esto lo podrá usted tener tres o cuatro veces al año y se dará cuenta del porvenir desastroso que le espera.

¡CUIDE SUS HEMORROIDES! Evite las congestiones, pues tiene usted a mano el soberano remedio "**NORIDAL**".

SE EVITARA usted, con el uso de éste, todas las ulteriores que son capaces de producirle sus hemorroides, que hoy no le molestan mayormente.

EVITARA TAMBIEN la operación, con todos sus peligros, entre los cuales se cuenta la estrechez del recto, producto de cicatrices viciosas post-operatorias.

LAS FISTULAS del ano, son casi siempre producidas por hemorroides. ¡Cúrelas, pues, y evitará aquéllas!

EL "NORIDAL" le servirá para todo, su uso sencillo y su poco costo, hacen que esté al alcance de todos. El envase lleva la cánula que aplicará sola el remedio e impedirá que usted se infecte con sus dedos al aplicar pomadas.

EL "NORIDAL" ES EL MEDICO DE LAS HEMORROIDES

Se halla en venta en la Farmacia más próxima donde usted reside. Certificado 3358.

Precio: \$ 3.50

Únicos Concesionarios: **MENDEL y Cía.**, Bolívar 879, Buenos Aires

Lysoform

No espere a que sus niños se lastimen para ir en busca de desinfectante.

Sea previsora
tenga siempre en su hogar un frasco de

LYSOFORM

y con esto evitará usted todo peligro de infección.

LYSOFORM es el desinfectante más poderoso para todos los usos.

VENTA EN TODAS PARTES

Representante en MONTEVIDEO y ASUNCIÓN (PARAGUAY)

EN BERLIN



—Sin embargo hay mucha gente que siente que se haya ido el Kaiser.
—¿Te parece?
—Sí: los acreedores.

AVES GIGANTESCAS

La historia de la mayor parte de los animales salvajes o domésticos que viven actualmente nos demuestra que esos animales descendían, directa o indirectamente, de antepasados muchísimo más corpulentos. En épocas prehistóricas había antílopes de la altura de los mayores elefantes actuales y ciervos en cuya cornamenta habrían podido sentarse, como en las ramas de un árbol una docena de hombres.

El elefante actual es un enano si se le compara con el mamut del período glacial. La iguana, que conocemos en nuestro país, estaba representada en otras épocas por un animal de siete metros de largo.

En tiempos de los hombres primitivos, la más grande de las aves actuales, el avestruz, hubiese sido un pímeo, comparada con otras aves que entonces existían. Estas últimas vivían en el territorio de Nueva Zelanda. Los naturalistas modernos fueron informados de su existencia por relatos de los indígenas transmitidos como leyendas de padres a hijos.

Las tradiciones locales presentan a los indígenas llamados maorís como extraordinarios cazadores de aves gigantes cuyas alturas eran de cerca de tres veces la de un hombre y tan feroces que sólo los maorís más arriesgados se atrevían a acercarse. Llevaban largas y magníficas plumas que eran la recompensa del cazador; sus formas eran parecidas a las del avestruz; los indígenas llamaban las "moas" y las cazaban con flechas y lanzas.

Quien haya presenciado una rifa de gallos puede imaginarse fácilmente cuán terrible sería un gallo de la altura de un moa, un gallo cuyo espolón tuviera el largo de una bayoneta y cuya enorme pata podría agarrar a un hombre como si fuera una paja.

Las tradiciones de los maorís no son fabulosas. En la actualidad se tiene la certidumbre de que existían moas hace quinientos años en Nueva Zelanda y regiones vecinas. Se ha descubierto, en excavaciones, esqueletos de aves gigantes. En un lugar la acumulación de huesos representaba cerca de veinte toneladas. Se ha hallado también grandes cantidades de huevos de moas, que, según las tradiciones eran un alimento preferido por los maorís. Uno sólo de esos huevos habría bastado para la comida de un día de una familia entera.

Sin embargo, el huevo de moa puede ser considerado muy pequeño en comparación con el huevo de "epiornis", otro gigante del mundo alado que en épocas remotas vivía en Madagascar.

Hace algunos años el capitán de un buque mercante que recorría en canoa uno de los ríos de la costa norte de Madagascar, llegó a un punto de la costa donde lo recibieron indígenas que no habían tenido hasta entonces relación alguna con los blancos. El capitán vió con sorpresa que los indígenas empleaban como recipientes de toda clase grandes vasijas de hermosa forma hechas de una sustancia semejante a la porcelana. El fondo era ligeramente cónico, de tal manera que era preciso dejar las extrañas vasijas apoyadas en la pared de la choza. El capitán interrogó al respecto a los indígenas y éstos le respondieron que se trataba de simples "cáscaras" de huevos. Algunos tenían una capacidad de diez litros y calculase que su contenido debió equivaler a 180 huevos de gallina.

Los primeros exploradores de las

EN EL METROPOLITANO



—¡Oh, perdón, señora!
—No es nada, caballero; esto me recuerda el tango argentino.

(“Le Rire”, París).

Islas Mascareñas en el Océano Indico refieren haber visto aves gigantes, de largas patas que les permitían correr más velozmente que un caballo, alas tan pequeñas que parecían atrofiadas y cubiertas de un plumón liso semejante al pelo. La última de esas aves fué vista en 1694; nunca se ha hallado su esqueleto.

Dícese que en las mismas islas había otra curiosidad zoológica: una paloma enorme, cuyo pichón era, a poco de nacer, tan grande como un cisne adulto.

Cómo se obtiene la cera en China

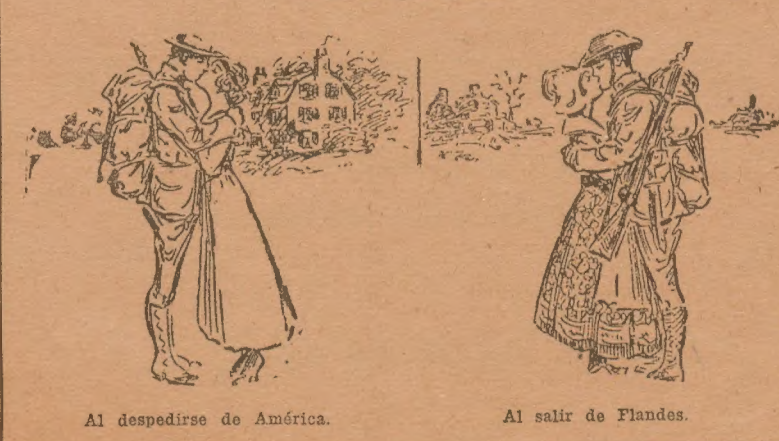
Para muchas personas será sin duda interesante saber que en China no se obtiene la cera de las abejas, sino de otro insecto muy diferente, y que este bichito es allí objeto de una industria tan importante como la apicultura entre nosotros, con la particularidad de que dicha industria se conserva hoy tal como se describe en los libros chinos de hace ochocientos años, sin que en ella se haya introducido desde entonces modificación ni adelanto de ninguna clase.

El insecto que produce la cera en China es de la misma familia que la cochinilla, y de un color anaranjado, que en la hembra tira a castaño. Vive en las ramas del fresno de la China, pero jamás cría sobre este árbol, sino que las hembras depositan sus huevecillos en una especie de aligustre que sólo se cría en un punto del globo, en el valle de Chien Chang, situado en la parte occidental de China, a 1.500 metros sobre el nivel del mar. A medida que una hembra va poniendo huevos, en su vientre se forma una

cavidad exterior, y entre ésta y la superficie de una rama quedan los huevos encerrados, de modo que, si se levantara al insecto, aquellos caerían al suelo. Las larvas que salen de estos huevecillos, al mediar el verano se encierran dentro de un capullo formado de filamentos blancos, segregados por unas glándulas especiales; pero lo más singular es que, si se deja a las larvas sobre el mismo aligustre en que nacieron, en vez de hacer el capullo, mueren; para que prosperen es necesario ponerlas en ramas de fresno, y entonces se ve que, pasados algunos días, el extremo del capullo se abre, y de dentro sale el insecto, ya en su completo desarrollo. En cuanto a la cubierta, que queda abandonada sobre la rama, es precisamente la cera que el chino después aprovecha.

Conocedores del género de vida de los insectos, los chinos organizan, al acercarse el verano, expediciones de recolectores de hembras. Largas comitivas de hombres y muchachos, cubiertos con capuchones de paja para defenderse de las lluvias estivales y provistos de grandes canastos, recorren a pie leguas y más leguas, salvando ríos y subiendo montañas, hasta llegar al valle de Chien Chang. Allí esperan a que los insectos empiecen a poner huevos, y una vez llegado este momento, recogen cuidadosamente de sobre las ramas las hembras que aún no han puesto, las envuelven en hojas de árbol y las meten en los cestos, emprendiendo en seguida el regreso. Este tiene que verificarse de noche, pues el calor del día pudiera ser perjudicial para los insectos; de modo que, apenas amanece, los recolectores hacen alto en algún bosquecillo y ponen su carga donde no les de el sol,

EL AMOR QUE PASA



Al despedirse de América.

Al salir de Flandes.

VERMOUTH

CINZANO

VERMOUTH

reanudando la marcha al anochecer.

El aspecto que ofrece una de estas expediciones al volver con su cosecha de insectos, corriendo por los campos iluminados por la luna, es de lo más fantástico que puede imaginarse. Se diría que son procesiones de espectros, de genios de la noche que bajasen a las poblaciones para visitarlas mientras los vecinos se entregan al sueño.

Cuando los recolectores llegan a las fábricas de cera, se sacan de los canastos los insectos y se colocan en una plantación de fresnos. Allí las hembras acaban felizmente su puesta y las larvas sufren su metamorfosis, dejando las ramas cubiertas de espesas capas de cera, resto de la envoltura en que estuvieron encerradas.

Las operaciones que se han de seguir después hasta llevar la cera al mercado son sumamente sencillas, pues se reducen a calentar la sustancia hasta que toma la consistencia de un jarabe espeso, y entonces se mete en moldes.

La cera que producen tan singulares insectos es blanca como la nieve, y se emplea, no sólo para hacer toda clase de cirios y bujías, sino además para modelar imágenes pequeñas, ex votos y otros objetos de culto. También se hace uso de ella para sacar lustre a los tejidos de seda y para dar brillo a los muebles de madera.

Para dar idea de la importancia que esta industria tiene en algunas partes de China, baste decir que el producto líquido obtenido por los fabricantes es de unos 250.000 pesos oro anuales.

El carbón como contraveneno energético

Todo el mundo sabe que el carbón vegetal o animal tiene la virtud de absorber los gases moféticos, fijándolos y reteniéndolos, de igual suerte que lo hace la esponja de platino. De ahí los servicios que presta el carbón en los casos de dispepsia flatulenta, acabando en poco tiempo con los borbotamientos del tubo digestivo.

Pero lo que ya no resulta tan conocido, es que el carbón posee igualmente una simpatía misteriosa por los alcaloides, es decir, por los principios amargos de las plantas venenosas (estrícina, morfina, atropina, etc.), y también por ciertas sales tóxicas de potasa, cal, sosa, mercurio, cobre, arsénico y plomo. Debido a esa afinidad, el carbón se apodera de dichas sustancias en cuanto se halla en contacto con las mismas, separa los líquidos en que se encuentran disueltos, y los retiene mecánicamente en sus poros, con tanta mayor eficacia cuanto que, estando pulverizado, aumenta por este hecho la superficie de absorción.

Así se explican las propiedades desinfectantes del carbón al ser utilizado en la filtración de aguas y sus méritos como antiséptico en las enfermedades infecciosas. No es, ciertamente, que el carbón mate los microbios patógenos o impida su desarrollo; lo que hace, en realidad, es neutralizar los venenos (toxinas o ptomáinas), elaborados por los micro-organismos, tornándolos inofensivos.

De lo dicho anteriormente se deduce que el polvo de carbón es un verdadero contraveneno universal.

El médico M. Touery, al que se deben las primeras observaciones de este género, no tuvo inconveniente en demostrar prácticamente ante la Academia de Ciencias de París las virtudes antitóxicas del carbón. Al efecto, se propinó una dosis de estrícina suficiente para matar a tres hombres, después de haber absorbido buena cantidad de carbón en polvo. El violentísimo veneno no produjo a M. Touery la más pequeña molestia.

Algunas anécdotas de Edison

Edison fué enviado a la escuela a la edad de seis años. Era el último de la clase. Tres meses después el maestro pedía que lo sacaran de la escuela considerándolo "demasiado estúpido" para aprender algo. Esos tres meses fueron la única instrucción escolar que recibió el inventor más famoso del mundo.

A los diez años realizó su primer experimento. Se le había ocurrido que si un individuo tenía en el cuerpo cierta cantidad de gas podía elevarse como un globo. Compró seis paquetitos de polvos para hacer soda, hizo tragar su contenido a un chico amigo suyo y esperó el resultado...

A los once años reunió una heterogénea colección de doscientos frascos y pidió a su madre que le permitiera colocarlos en un estante, formando así lo que él llamaba el "laboratorio". Ni él mismo sabe lo que puso en ellos, pero a cada uno les pegó una etiqueta que con grandes letras decía "Veneno".

Cuando era vendedor de periódicos en una línea de ferrocarril, instaló otro de sus "laboratorios" en un rincón de un vagón de carga. Un día, mientras realizaba "experimentos" dejó caer un fósforo encendido y se produjo un principio de incendio. El guardatrén, encolerizado, sacó de un brazo a Edison del vagón, lo hizo bajar en la primera estación y le dió una bofetada tan brutal que desde ese día Edison padece de sordera del lado en que recibió el golpe.

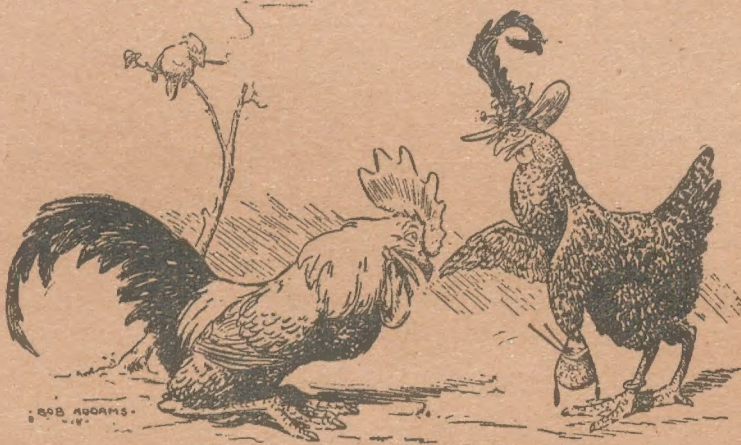
Después de haber sido telegrafista, puesto que tuvo que dejar por su manía de perfeccionar los aparatos mientras dejaba olvidados a un lado los mensajes que tenía que transmitir, consiguió un modesto empleo en un escritorio. El local estaba infestado de ratas y Edison ideó un método de matarlas por la electricidad; extinguidas las ratas se dedicó a matar cucarachas por el mismo sistema. En todos los rincones de la oficina no se veía más que cucarachas muertas. Edison fué despedido.

El primer invento que Edison patentó, en 1869, fué un aparato para realizar mecánicamente las votaciones en el congreso. Algún tiempo después registró un aparato que necesitaba la compañía de telégrafos Western Union. El presidente de la compañía lo mandó llamar y le preguntó cuánto quería por la patente de su invento. —Lo que el señor presidente quiera, repuso Edison. —Cuarenta mil dólares?... Edison creyó haber oído mal y pidió que le repitiera la oferta. —Cuarenta mil. —Muy bien, señor, —contestó el joven inventor, creyendo que se trataba de una broma.

Una semana después recibió un cheque por cuarenta mil dólares. Lo miró con asombro, sin saber qué hacer con él; se dirigió a un banco y presentó el documento al cajero sin decir una palabra, pues no podía creer que esa suma le perteneciera realmente. —¿Qué quiere hacer con esto?, preguntó el cajero. —No sé, señor, ¿sirve? —Al oír tan curiosa pregunta, el cajero fué a ver a sus superiores, los cuales mandaron un empleado a la compañía telegráfica para verificar la legitimidad del cheque. Fué preciso que acudiera al banco el presidente de la compañía pero así y todo Edison no se atrevía a cobrar la enorme suma...

Otros dos inventos vendió Edison a la Western Union—el electromotógrafo y un transmisor telefónico—por cada uno de los cuales le ofrecieron cien mil dólares. Pero el inventor rehusó aceptar esa suma manifestando que

VIDA SOCIAL



—Muy bien, me casaré con usted, pero con una condición: tendrá que comprarme una incubadora y copiar-me los discursos que pronunciaré en la sociedad de emancipación femenina.

no sabía qué hacer con ella y pidió que le dieran en cambio seis mil dólares anuales durante diez y siete años por cada invento, arreglo contrario a sus intereses, pues en ese tiempo los réditos del capital habrían duplicado aquellas sumas.

Cuando Edison había adquirido ya cierta fama, una empresa inglesa le telegrafió ofreciéndole "treinta mil" por uno de los inventos que acaba de patentar. Edison, que no esperaba obtener tanto por su patente, contestó en seguida aceptando. Grande fué su asombro cuando recibió, en pago, un giro por ciento cincuenta mil dólares: los "treinta mil" ofrecidos telegráficamente por la empresa inglesa eran... libras esterlinas.

A Edison le disgusta que le llamen genio: —¿Saben qué es el genio?, dice, uno por ciento inspiración y noventa y nueve por ciento transpiración.

No siempre ha tenido suerte con sus experimentos. Algunos sufrieron el más estruendoso fracaso, entre ellos su experimento de extraer mineral de rocas pulverizadas, por medio de magnetos. Dícese que en esta empresa perdió cerca de dos millones de dólares y, lo que es peor, casi cinco años de trabajo.

Una de sus máximas: "Nunca mire el reloj, excepto para comprobar que te levantas más temprano para empezar a trabajar".

Cierta vez dijo: "Yo no soy un inventor". Podríamos explicarnos esta frase teniendo en cuenta que, efectivamente, no es él el autor de la luz eléctrica, el telégrafo, el teléfono, el fonógrafo, etc., pero él perfeccionó todos esos inventos y los adaptó al

uso práctico común, que es lo importante.

Edison tiene actualmente 71 años. Su bisabuelo alcanzó la edad de 102 años practicando un sistema de vida higiénica que le había enseñado un libro, "El arte de vivir mucho", del italiano Cornaro. El abuelo de Edison, siguiendo el mismo método de vida, murió a la edad de 103 años. El padre y los seis tíos del inventor fallecieron todos de más de 90 años.

El gas benéfico

La guerra ha dado a los gases tan infame reputación que se podría llegar a olvidar que hay gases benéficos. Uno de éstos es el ozono. La palabra "ozono" viene del griego y significa "tener olor". El nombre de ozono ha sido dado a un estado particular del oxígeno, caracterizado por un olor fuerte y una enérgica actividad química. El ozono se forma cuando se electriza oxígeno o cuando algunas sustancias, como el fósforo y el cinc, se oxidan lentamente.

El ozono es un gas útil: obra como desinfectante e impide la putrefacción.

Curiosos experimentos han demostrado que puede también ejercer una acción benéfica para la salud. Respirando frecuentemente aire ozonizado al cabo de cierto tiempo se nota en las personas un aumento de peso y una sensación general de bienestar fisiológico.

En una importante fábrica de municiones de los Estados Unidos, los obreros trabajaban en galpones donde mediante algunas máquinas eléctricas se producía emanaciones de ozono. Dos meses después de este tratamiento se tomó a los obreros la medida del perímetro torácico—la misma operación se había practicado al iniciar el experimento—y se comprobó que todos los operarios habían aumentado en desarrollo pectoral y en peso.

"El Diario Español"

Este estimable colega, órgano caracterizado de la colectividad hispana, acaba de entrar en su décimo quinto año de existencia, rodeado de todos los prestigios y simpatías que su sensata y elevada actuación supo alcanzar entre la familia periodística.

Bajo la hábil dirección de López de Gomara, uno de los veteranos de la pluma de más extensa labor entre nosotros, "El Diario Español" ha recorrido una brillante ruta inspirando su prédica en los más nobles propósitos y convirtiéndose en una institución de autoridad indiscutible, dentro de la colonia a quien siempre dedicara sus desvelos y sus mejores impulsos.

Reciba el distinguido colega, en ocasión de su aniversario, el fraternal saludo de "Fray Mocho", junto con nuestros sinceros votos por la continuación de sus éxitos.

Balzac, grafólogo

Una de las mayores debilidades que tuvo Balzac era, según se cuenta, la de considerarse un grafólogo sin rival. Prefería que le llamasen mal escritor, a que se dudase de su habilidad para conocer por la letra el carácter de las personas.

En cierta ocasión le presentaron una señora que deseaba conocer el carácter y disposiciones de un muchacho de doce años, a cuyo efecto traía una hoja del cuaderno de apuntes que el chico usaba en el colegio. Balzac preguntó ante todo a la señora si el muchacho era hijo suyo, y habiendo ella contestado negativamente examinó con gran atención el escrito, diciendo al cabo de breves momentos:

—Señora, este niño es torpe y de carácter frívolo. Nunca llegará a ser nada. Si fuese hijo mío lo sacaría del colegio y lo pondría a arar: no sirve para otra cosa.

Poco tiempo después el famoso novelista supo por la misma señora que aquella hoja de cuaderno la había escrito él mismo cuando era niño y había sido encontrada dentro de uno de sus antiguos libros.

**No malgaste su dinero,
piense en el porvenir.**

**Abra cuenta en Caja de Ahorros
del Banco de Boston al 4%.**

THE FIRST NATIONAL BANK OF BOSTON

**BARTOLOMÉ MITRE
ESQ. SAN MARTIN**

Acepta depósitos desde \$ 1

PUCHITOS

Entre los músicos abundan los calvos. Según un médico inglés, los instrumentos musicales ejercen una indudable influencia en el sistema piloso. Esta influencia es favorable para el crecimiento del cabello de parte de determinados instrumentos: violín, violoncelo, contrabajo y piano. En cambio, los instrumentos de cobre provocan la calvicie. Dicese que el trombón hace desaparecer una frondosa cabellera al cabo de cinco o seis años. Los instrumentos de madera — clarinete, flauta, etc. — no ocasionan un efecto perceptible en cuanto al desarrollo del cabello. Pero la misma influencia favorable de los instrumentos de cuerda no se prolonga más allá de la edad de cincuenta o cincuenta y dos años, y el músico que la ha alcanzado tiene la guedeja en peligro...

Numerosas plantas y frutos comunes en todo el mundo, y que en algunos países figuran entre los principales artículos de consumo, son originarios de Sud América, y por consiguientes eran desconocidos en Europa antes del descubrimiento del Nuevo Mundo. Cuéntanse entre éstos: la papa, el maíz, el tomate, el cacao, el ananá, la yerba mate, la mandioca.

Es asombrosamente extraordinaria la fuerza que los hongos desarrollan al crecer. Hace algunos años una ciu-

¡La Caspa Desaparece! El Cabello se pone Her- moso, Ondeado y Espeso

¡Cuide su cabello! Duplique su
belleza en pocos minutos.
¡Pruebe esto!

La menor partícula de caspa
desaparece y el cabello
no se cae más.

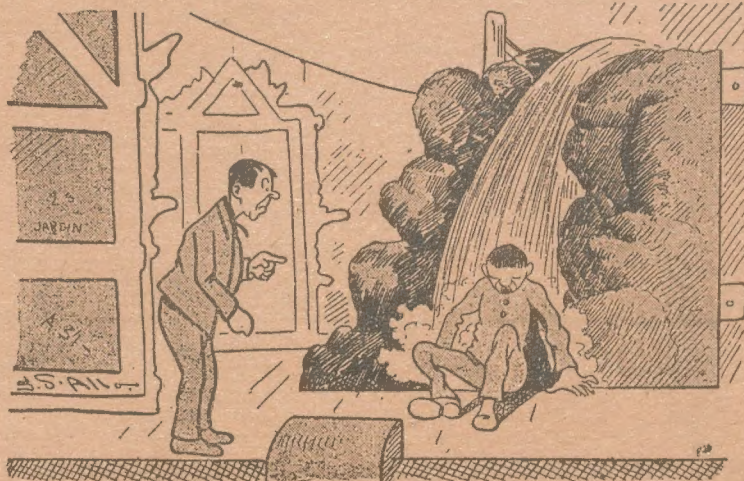
Pruebo esto y verá como, después de Danderine, Vd. no encontrará la menor partícula de caspa y el cabello no se caerá más, ni le picará el cráneo, sino que después de usarlo por varias semanas verá nuevo cabello fino y suave, saliéndole por todo el cráneo.

Un poco de Danderine inmediatamente duplicará la belleza de su cabello. No importa lo deslustrado, descolorido, quebradizo o áspero que esté, solamente humedezca un paño en Danderine y pásesele cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. El efecto es inmediato y asombroso, su cabello se le pondrá sedoso, ondeado y espeso, y le dará un lustre incomparable, suavidad y abundancia que son la belleza de un cabello saludable.

Compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, y demuestre a los demás que su cabello es tan bonito y suave como cualquier otro, que solamente ha sido descuidado y estropeado por falta de tratamiento; eso es todo.

Danderine es para el cabello lo que la lluvia y el sol para las plantas. Va directamente a las raíces, fortaleciéndolas y dándoles vigor. Sus propiedades estimulantes y vivificantes hacen que el cabello crezca largo, firme y bonito.

EN EL TEATRO



— ¡Qué imprudencia! Tienes reumatismo y te sientas al pie del torrente.

Soy un viajero lírico

A dónde iré con esta locura que me asalta
a forjar mis rondeles, en la existencia gris;
voy como golondrina que la dicha le falta...
con sus rítmicos cantos a un lejano país,

al país del ensueño iré bajo las galas
de mi estro ardoroso pulsando mi laúd;
y aunque lleve cargadas de tristezas mis alas
deshojaré a tus plantas flores de juventud!

Soy un viajero lírico que al soñar las hermosas
horas de estar contigo, un madrigal de rosas
dedicará a tus ojos negros como el dolor;

y encenderá tus sueños, robará tus agravios,
se inspirará en las flores rojas como tus labios
y cantará a tus labios rojos como una flor.

FELIX B. VISILLAC.

dad inglesa, del Hampshire, fué pavimentada de nuevo. Al poco tiempo se observó que la calzada presentaba curiosas prominencias y ondulaciones, provenientes, en apariencia, de levantamientos subterráneos. El fenómeno dejó perplejos a los ediles, pero pronto, agravándose, se explicó: en largos trechos, pesadas piedras sólidamente unidas fueron desmenuzadas y volteadas a un lado, por espesas capas de hongos que habían nacido debajo de ellas y que al crecer forzaban con fuerza lenta pero segura los obstáculos que se oponían a su desarrollo.

Se conoce un curioso experimento de ciencia recreativa, ideado por el eminente químico francés Chevreul y encaminado a demostrar cómo, en determinadas circunstancias, pueden cambiar a nuestra vista los colores de los objetos.

El experimentador se sienta de cara a una ventana, de modo que el ojo derecho reciba los rayos solares en un ángulo de 20 a 25 grados, y sobre una mesa cubierta con un papel gris e iluminada por luz difusa, coloca, a unos sesenta centímetros de sus ojos, dos plumas de gallina, una blanca y otra negra, procurando que las barbas estén bien paralelas para que reflejen la mayor cantidad de luz posible. Hecho esto, cierra el ojo izquierdo, y pasados unos dos minutos, verá que la pluma negra se vuelve roja, y la blanca se torna verde de esmeralda.

La aparente coloración verde de la pluma blanca es un fenómeno producido por el aislamiento del ojo dere-

cho, y este mismo fenómeno hace que, por la ley del contraste simultáneo de los colores, la pluma negra aparezca del color complementario del verde, es decir, roja.

Se cree que este mismo fenómeno es el que se produjo cuando Enrique de Guisa, el duque de Alençon y el príncipe de Navarra, más tarde Enrique IV, jugando a los dados, creyeron ver que los puntos se convertían en manchas de sangre, y suponiendo que se trataba de algún aviso del cielo, abandonaron el juego y huyeron espantados.

En la isla de Man se concedió el derecho electoral a las mujeres el año 1880. La presidencia de Madrás reconoció ese derecho en 1885. Nueva Zelandia lo proclamó en 1893. Victoria ha aprobado un proyecto de ley de sufragio de las mujeres. Estas pueden ocupar un asiento en la cámara federal de Australia.

Las personas que han criado ranas saben que esos animales no tienen siempre el mismo color. Su color varía entre un castaño obscuro y un verde claro.

Se ha obtenido, a fuerza de cortar los nervios a las ranas, poder saber con exactitud el sitio por donde pasan las fibras nerviosas que determinan esos cambios de color. Se ha descubierto que esas fibras son de dos clases, unas que provocan cuando se las excita un tinte claro de la piel; las otras, al contrario, la oscurecen.

El centro de estas últimas está si-

tuado en el cráneo, cerca de los lóbulos ópticos. Una excitación violenta, provocada en ese sitio, oscurece una rana rápidamente.

“Plegaria del árbol”, recomendada a los maestros para que la fijen en las paredes de las escuelas:

“Tú que pasas y levantas contra mí tu brazo, antes de hacerme mal, mírame bien.

“Yo soy el calor de tu hogar en las noches frías del invierno.

“Yo soy la sombra amiga que te protege contra el sol estival. Mis frutos sacian tu hambre y calman tu sed.

“Yo soy la viga que soporta el techo de tu casa, la tabla de tu mesa, la cama en que descansas.

“Yo soy el mango de tus herramientas, la puerta de tu casa.

“Cuando naces, tengo madera para tu cama; cuando mueres, en forma de ataúd, aun te acompaño al seno de la tierra.

“Soy pan de bondad y flor de belleza. Si me amas, como merezco, defiéndeme contra los insensatos.”

En una fábrica americana en donde se preparan las piedras empleadas en los soportes de los ejes de contadores eléctricos, durante el año 1917 se usó una tonelada de záfiro. Las piedras vienen en bruto y son sometidas a operaciones de desgastes y perforación que exigen el empleo de la mejor mano de obra.

Quando los niños tienen la lengua sucia, sufren de estreñimiento.

El Jarabe de Higos “California” es lo mejor que se conoce para cuando los niños están intranquillos, febriles y enfermizos.

Los niños encuentran este “laxante de fruta” muy agradable al paladar, y en realidad no hay nada que limpie el estómago, hígado y los intestinos de los niños con tanta eficacia. Los niños no dejan el juego por evacuar, y el resultado es que sus pequeños intestinos se obstruyen, el hígado se pone pesado y el estómago ácido, y entonces se vuelven malhumorados, enfermizos, febriles, no comen, no duermen, ni sus intestinos funcionan bien, el aliento se pone fétido, tienen resfriados, mal de garganta, dolores de estómago o diarrea. ¡Oigan, madres! Vean si la lengua de los pequeños está sucia, y entonces déseles una cucharadita del Jarabe de Higos “California”, y en pocas horas desaparecerá de su sistema toda substancia estreñida, las bilis ácidas y la comida no digerida, y el niño estará sano y contento otra vez.

Millones de madres dan el Jarabe de Higos “California” a sus niños, porque es completamente inofensivo; y los niños lo encuentran muy agradable al paladar, haciendo el efecto rápido y eficaz en el estómago, hígado y los intestinos.

Pídale al boticario una botella del Jarabe de Higos “California”, que contiene las direcciones impresas en la botella, para niños de todas las edades y para adultos. Cúidese que no le den otro Jarabe de Higos falsificado. Compre el genuino, hecho por “California Fig Syrup Company.” Devuelva cualquier otra marca.

LOS TRAJES DE PAPEL EN ALEMANIA



—¿Qué es eso? ¿El muchacho sentado en el libro mayor?
—Sí, tiene pantalones de papel secante.

INCIDENTE PARLAMENTARIO

—Me imagino lo que usted piensa. Lo leo como si fuera un libro.
—Lamento no poder hacer lo mismo con usted: el médico me ha prohibido que lea tipo pequeño.

DESAGRADABLE DESPERTAR

—Duerme tranquilo no más—dijo con terrible ironía el capataz al ver a un peón que en vez de trabajar se había echado a dormir debajo de un árbol;—mientras estás durmiendo tienes trabajo, pero cuando te despiertes ya no estarás en el trabajo.

UN REFRACTARIO AL MATRIMONIO

—Es extraño que no se haya casado. ¿No ha encontrado todavía a la mujer ideal?
—Sí, muchas veces la he encontrado, pero he tenido la suerte de cambiar en seguida de ideal.

EJERCICIO RELIGIOSO

Dos marineros náufragos se hallaban en una isla desierta, afligidos por el hambre y el frío. El que más sufría, dijo a su compañero:

—¿Sabes rezar?

—No.

—¿Sabes algún cántico de iglesia?

—No.

—Sería bueno hacer algo religioso... hagamos una colecta.

EL AUTO

—Dicen que el marido de Clarita le ha comprado un auto. ¿Qué tal es?

—Imagínate cómo será el auto—contestó la amiga con visible despecho—que el otro día fué a verlo el inspector para avaluarlo y fijar el impuesto. En vez de ponerle impuesto, en cuanto vió la máquina metió la mano al bolsillo, sacó diez pesos, y lleno de lástima se los dió al marido de Clarita.



—¿Quieres tirarte al río por causa de él? No seas tonta. Si yo me hubiese echado al río después de cada contrariedad amorosa, ya sabría nadar.

UNA ALFOMBRA CANSADORA

Un diplomático persa que visitó a los Estados Unidos en misión especial, fué alojado en un magnífico departamento cuyo despacho principal tenía una alfombra de fondo verde con pequeños adornos de otro color. Al día siguiente fué a visitarlo un alto funcionario y encontró al diplomático dando incesantes saltos sobre la alfombra. Muy sorprendido, pensaba retirarse, cuando el diplomático explicó:

—Muy linda la alfombra; pero el verde es un color sagrado para nosotros: no podemos pisarlo.

DEBÍA SER LEGÍTIMO

El tenedor de libros se presentó el otro día a la oficina con un soberano alfiler de corbata que cargaba un brillante de tamaño extraordinario. Desde entonces adoptó una actitud de magnate y recibía con desdén compasivo las insinuaciones que hacían los compañeros de oficina acerca de la legitimidad del brillante. Al cabo

de una semana de actitud triunfante, un empleado se atrevió a preguntarle:

—Pero ¿es legítimo de veras?

—Si no es legítimo,—repuso el otro—me han estafado tres pesos.

UNA EXPLICACIÓN

El (después de casarse).—Observo con disgusto que no te ocupas de mis comodidades tanto como te ocupabas de las de tu papá.

Ella (extrañada).—¿Yo?

El.—Tú, querida mía. Cuando llego a casa tengo que andar buscando las zapatillas y todo lo que necesito. Cuando éramos novios y tu papá volvía de sus negocios, corrías a traerle la ropa de casa, le acercabas a la chimenea, le calentabas las zapatillas, le ponías un almohadón para la cabeza y un banquillo para los pies, en fin, te desvivías porque estuviera muy a gusto.

Ella.—¡Bah! ¡Todo eso lo hacía para que se durmiese más pronto!



Verdadera LIQUIDACIÓN de todos los artículos de Verano

CONFECCIONES:

Todos los trajes han sido rebajados de precios hasta su mínima expresión.

Trajes de saco, en casimires de pura lana, gustos y modelos de última moda, a \$ 72.—, 68.—, 65.—, 62.—, 58.—, 55.—, 50.—, 45.— y \$ **30.--**

SASTRERIA:

Trajes de saco sobre medida, corte y confección de primer orden, en casimires importados de las mejores fabricaciones inglesas y francesas, desde \$ **70.--**

Sombreros de paja rustie, cinta negra, forma de moda, a . \$ **3.50**

CALZADO:

Botines de potro charolado, con caña de paño negro o en color, el par, a \$ **11.90**

M. ZABALA
=BME MITRE Y ESMERALDA

La pena de muerte

... No había en eso nada de extraordinario. Todo estaba como siempre. Las mismas paredes, las mismas ventanas enrejadas; el día era claro, frío, como otros millares de días. En el cuartel los soldados dormitaban, fumaban, contaban sus largas historias libidinosas y reían. Los guardianes murmuraban a veces entre ellos, recorrían los corredores sombríos de la cárcel, haciendo tintinear las llaves, y, perezosamente, pensaban siempre en la misma cosa: en el servicio y en su familia.

Los presos políticos estaban nerviosos. Largo rato, obstinadamente paseaban de un lado a otro de la celda... luego, de pronto, se estremecían, escuchaban lo que pasaba y volvían a pasearse. A su alrededor todo era repelente: las paredes sucias de la cárcel, el mal olor.

El ingeniero suspiró y se tendió sobre la tabla que le servía de cama. Era un hombre alto, delgado, de pómulos salientes y ojos tristes y cansados. Con todos los

éstos a la muerte? Tal vez han perdido valor. Poco como esta idea le parecía mezquina y desagradable trataba de ahuyentarla.

Los demás estaban aun más nerviosos.

El presidente del tribunal militar, durante una cena ofrecida en su honor por los oficiales del regimiento de N. estaba muy contento y reía a carcajadas. Era un general muy grueso, de cara colorada y largos bigotes. Había cursado estudios en un seminario y había acentuado las o. Se creía sinceramente muy bravo y muy bueno y ahora trataba de demostrarlo a todos, aun al abogado, que, de pronto, en el tribunal, le había halagado llamándole "luminar de la ciencia".

Esto le había sido muy agradable, sobre todo a causa del fiscal. El fiscal era de graduación superior al general y en otra época había escrito un libro cualquiera de que estaba orgulloso. "Ningún jurisconsulto —afirmó— puede abrigar la menor duda en el presente caso. Y nosotros hemos dudado, hemos pronunciado el sobreseimiento... Es un terrorista de los más avanzados... ¡ah! ¡ah!... Ningún jurisconsulto instruido, dijo... Y nosotros, para hacerle rabiar, absolvemos cuando nos place, y ahorcamos si se nos ocurre".

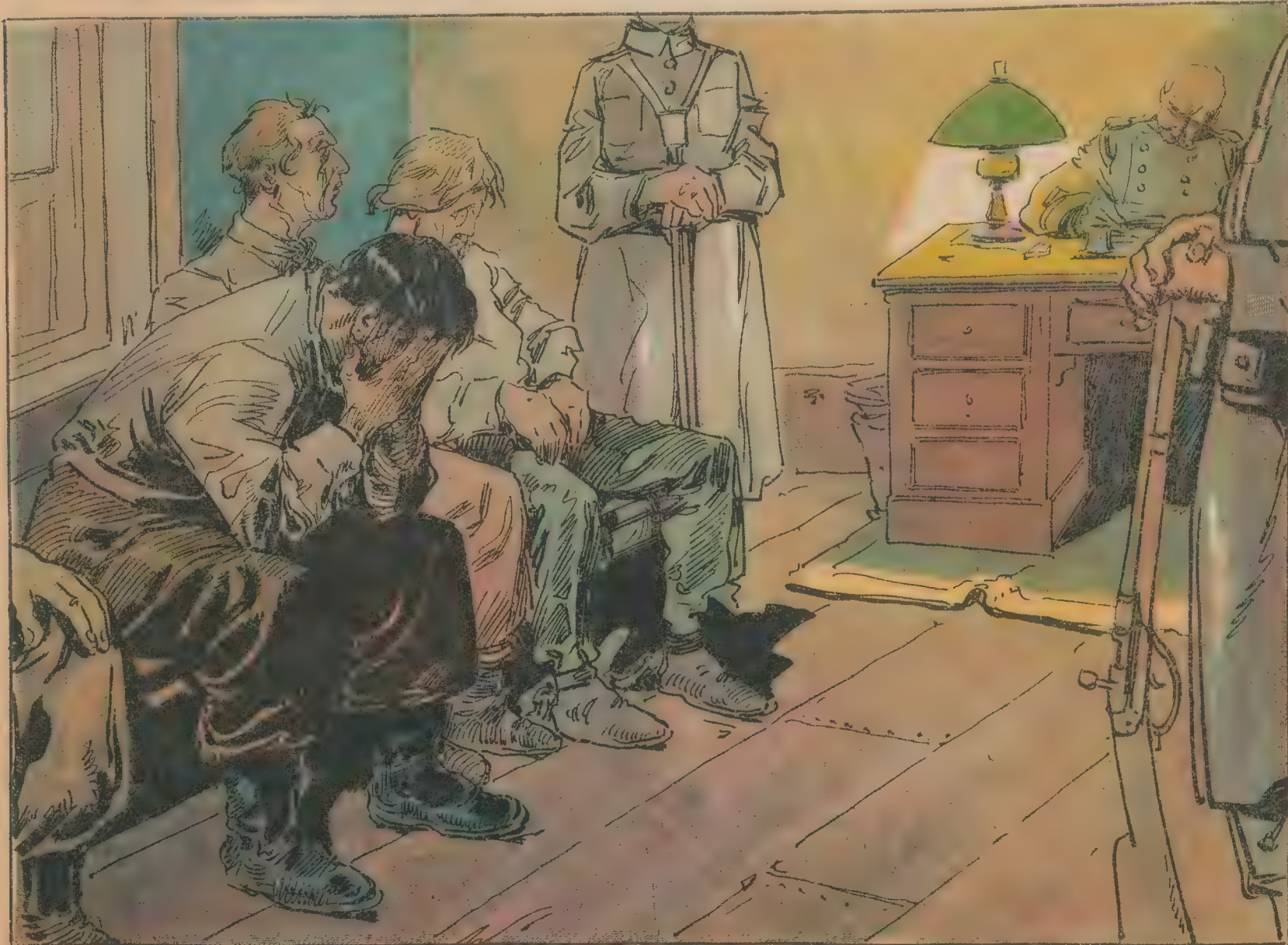
—Qué cabeza simpática tenía ese Khlementine— exclamó de pronto, dirigiéndose al abogado que ocupaba el sitio opuesto en la mesa.

¿Qué sería ahora de él? ¿Y todo ¿por qué?, ¿por quién? Si el ahorcado no era un colegial, lo mismo sería otro...

El presidente había demostrado claramente que era necesario ahorcar a cinco. ¿Qué importaba, entonces, que fueran éstos o aquéllos?... Y esto parecía tan convincente, que se consolaba y bebía cada vez más.

El abogado, que desde hacía tiempo comprendía que ante el tribunal no valen ni la elocuencia ni la erudición, ni siquiera el sentimiento y que lo esencial es estar bien con los jueces y acostumbrarlos a su persona para que no teman al abogado y no lleguen a considerarlo como a un terrorista, debía también, esforzándose por sonreír a los oficiales a diestra y siniestra, para convencerlos de que él también era como ellos. Pero en su espíritu, a través de las nieblas del vino, remolineaba siempre la misma frase: "Este es el medio que preparó Port Arthur y Tsoushima". Y pensaba de qué manera algún día escribiría eso en sus memorias.

Reinaba una gran animación en la ciudad. Los electores reunidos en la Duma y un diputado recientemente elegido firmaban una protesta contra la pena de muerte. Se había enviado un telegrama a Petersburgo. La madre de uno de los condenados, un colegial, una señora gruesa, de ojos hundidos, sin lágrimas, corría haciendo



nervios enfermos y el cuerpo rendido, una sola idea llenaba su cerebro y se aferraba a ella obstinadamente.

En los últimos días había concentrado su energía en el propósito de no sentir nada. Era completamente indiferente a la muerte. "Una operacioncita necesaria", repetía a menudo mientras fumaba. ¿Y después? Después nada. Y esto era tan simple y tan claro que no había lugar a reflexión. Lo único que debía hacer era tratar de matar la conciencia en esos últimos días en que todo ya estaba terminado y nada quedaba que hacer...

Leía y fumaba; se levantaba, daba largos pasos por la celda y volvía a leer. Tenía libros. A pesar de la severidad de la reclusión era posible obtenerlos por intermedio de los delincuentes políticos detenidos en otro cuerpo del edificio. Sólo le quitaba el reposo un pensamiento que ha leído; le persigue todo el día; de noche se transforma en pesadilla y de pesadilla en realidad. Toda la humanidad se le presenta como un organismo único, inmenso, monstruoso: crece, se extiende, devora ciertas células, en provecho de las demás y le devora a él también. ¿Por qué? Aquí el pensamiento se quebraba, faltaba un eslabón y de nuevo se infiltraba lentamente en su espíritu como la savia en las venas de la planta.

Caminaba y fumaba. A veces se ponía a escuchar el ruido de lo que los demás hacían. ¿Cómo esperaban

—¿De quién habla, Excelencia?— preguntó el coronel del regimiento que no había comprendido de qué se hablaba.

—De un ahorcado de por ahí— explicó el presidente; y continuó dirigiéndose al abogado:

—No se puede hacer nada, querido amigo... Hemos echado toda la culpa a los dos muertos. ¿Lo notó?

Y para predisponer bien al abogado, agregó en voz baja, con aire importante:

—El general gobernador... prescribe siete... Y bien... Cinco era bastante... ¡Dios tenga piedad de sus almas!

Recorrió la sala con la mirada, como si buscara una imagen santa y se hizo la señal de la cruz sobre el vientre que comenzaba a cubrirse de sudor bajo el uniforme desabrochado.

—Bien... ¡brindo por su éxito, señor abogado! No hay que entristecerse. Será para otra vez.

El oficial que desempeñaba funciones de juez y que en el tribunal estuvo a punto estallar en sollozos, conmovido por el alegato del abogado, el cual le había convencido que un joven, un colegial de diez y ocho años era inocente, ahora no cesaba de beber y a través de la bruma que cubría sus ojos veía a su alrededor las caras bonachonas de sus compañeros oficiales y se asombraba de hallarlas tan simpáticas. ¿Cómo era posible que en el tribunal se le hubiera ocurrido la idea estúpida de renunciar a todo, de pedir su separación?

gestiones, ya ante los diputados, ya ante el general gobernador, los abogados o el fiscal... Y en todos producía una impresión de terror.

El general gobernador no la había recibido; los otros trataban de tranquilizarla, murmuraban unas cuantas palabras vagas, prometían y se apresuraban a librarse de ella. La acompañaba su hija, una joven poco bonita, que con angustia e inquietud cuidaba de su madre, la instalaba en el coche cuidadosamente y le decía en voz baja:

—Mamá, mamá... cálmate... estoy segura... Vá-lia es inocente... lo perdonarán. El diputado fué también dos veces a casa del general gobernador, pero la segunda vez no lo recibieron. Era un médico, un viejito de cabellos y cejas grises y ojos llorosos; lo conocían en toda la ciudad y todos lo estimaban. La primera vez que acudía al palacio del general gobernador se le había ocurrido una idea muy extraña. Delante de él caminaban los hombres, brillaba la nieve y los cocheros agitaban los brazos para desentumecerse. Recordó a la madre del colegial, pálida, y de pronto todo le pareció mentira, una mentira inútil; mentira también su visita al general gobernador para interceder en favor de los condenados. "El gobierno es siempre el gobierno; por lo mismo que estos hechos han tenido repercusión, no cederá"; y esta idea le inquietó. Pero al recordar los meetings, las protestas, la emoción general que, a su parecer, debían sublevar al país

como una oleada victoriosa, emocionado por el mismo pensamiento de sentirse parte de un movimiento histórico tan grande e importante, subió con paso firme, con la dignidad de un representante del pueblo, la gradería del palacio del general gobernador, resuelto a todo.

El general gobernador era un militar de alta talla, de busto encorsetado y mejillas rosadas; llevaba magníficamente sus 77 años. Jamás había dudado de que sus largos bigotes, su ceño fruncido y los ojos que miraban fijamente, dejaran de producir la impresión que conviene al gran dignatario que él era. Y concentraba todo su espíritu en el deseo de aumentar esa impresión.

Para él todo era claro: "Ellos", los liberales, los empujaron y entonces se rebelaron.

Recibió seca y friamente al diputado y le declaró que todo lo que la ley permitiera sería hecho.

El victorioso diputado se sintió de pronto tan misero delante de la alta talla del general gobernador, delante de su pecho cargado de condecoraciones y principalmente delante de su mirada fija y penetrante (veía al general por vez primera), que en el primer momento olvidó lo que quería decir. Pero en seguida trató de hacer una alusión delicada al lado humanitario de la cuestión. Narró el dolor de la desgraciada madre del colegial; y a esto oyó la misma respuesta:

—Será todo lo que la ley permita.

Y el general gobernador le tendió la mano seca, dura, en cuyo meñique brillaba un anillo.

Una vez en su cuarto de trabajo el general gobernador no pudo contener la risa:

—El mismo es un candidato a la cárcel.

Estaba seguro de atravesar de parte a parte la mente de las personas y sobre todo de saber descubrir instantáneamente dónde se oculta el revolucionario. Con escritura clara firmó el veredicto. Temía que le hicieran alguna advertencia oportuna de Petersburgo.

—Yo debo responder de la tranquilidad del imperio ante el zar y la patria. Petersburgo se mete en estos asuntos y no hace más que tonterías.

Esa noche, cuando fueron a despertar a los condenados, todos los que debían participar en la ejecución sintieron terror y angustia. El segundo jefe de la prisión, de servicio esa noche, un oficialillo de cara linda y afeminada, al caminar por el corredor sombrío de la cárcel, iluminado por lamparitas de querosene, sintió algo parecido a lo que sentía siendo niño cuando, hallándose en el bosque tenía miedo de permanecer solo y en cada ruidito, en cada árbol presentía un enemigo. Ahora le parecía que de todos lados le miraban millares de ojos invisibles y terribles y le sorprendían haciendo algo vil y perverso.

Acababa de ser nombrado y era la primera vez que le tocaba asistir a una ejecución.

En la cárcel había unos ochocientos presos; uno se acostumbraba a considerarlos como un torrente de cifras y papeles y la sangre fría con la cual todos encaraban la próxima ejecución se comunicaba involuntariamente a cada uno.

Pero ahora que iba en la noche para anunciar la muerte a hombres que no conocía ni siquiera por el aspecto, el oficial tenía miedo y se preguntaba si no debía resentirse con el jefe que encargaba a un subordinado una función tan delicada y desagradable, o al contrario, sentirse halagado de que se le hubieran confiado. Esta última idea hubo de prevalecer, y tratando de disimular su sentimiento, afectando una actitud negligente, se retorcía nerviosamente el bigotito.

Los condenados se levantaron de sus tarimas pálidas, fatigados y miraron a su alrededor.

Los empujaban... Era preciso acabar de una vez: ¡Vayamos; más ligero!...

Y, cosa extraña, una especie de ira se inflamaba ahora en cada soldado, en cada oficial, en presencia de esas caras medio dormidas. Su ira parecía provenir de que a causa de esa gente debían relizar, en plena noche, esa tarea terrible que a todos horrorizaba.

—¡Vamos, tú, más pronto!—gritó un soldado, en una cida, olvidando la presencia de su jefe.—¡Ahora todo es igual!

Los demás callaron, habiendo comprendido lo que el soldado quería decir.

El ingeniero acababa de adormecerse en el momento en que vinieron a buscarlo. Esa noche no había podido dormir; le latían las sienes; tenía los nervios excitados de haber fumado demasiado. En su cabeza desfilaban a manera de pesadilla ideas e imágenes y otra vez veía a la humanidad como un organismo monstruoso que ocupa toda la tierra y forja un misterioso trabajo, desechando las células muertas, las que le son inútiles y tomando otras en su lugar.

Se sobresaltó violentamente. Adormecido todavía pasóse la mano por los cabellos; de pronto se despezó como si quisiera alargarse por última vez en ese lecho, prolongar los últimos momentos. Y súbitamente, todo desapareció, todo se desvaneció: la revolución, los hombres, el tribunal. Todo le pareció inútil e indiferente... "La muerte... y todo concluirá", pensó.

"Una operacioncita", volvió a pensar, pero esta vez sin sonreír, simple y tranquilamente. Una serenidad extraordinaria se difundió en su ser. En ese momento todo le parecía mezquino y pequeño frente a ese inmenso vacío que iba a abrirse dentro de un instante y en el cual, estaba seguro, él iba a desaparecer. Quería prolongar ese sentimiento que jamás había sentido.

Pero el oficial le urgía.

—¡Ya es tiempo! ¡Prepárate! ¡Más pronto!

En esta intimación había algo de cobarde. El oficial parecía querer estimularle, excitar su brutalidad.

El ingeniero se estremeció. El tuteo le ofendió por un instante pero esta sensación desapareció pronto.

El oficial estaba pálido y sus ojos parecían pintados como los de una mujer. Evitaba mirar de frente. "Algún libertino", pensó maquinalmente el ingeniero.

Pero todo le parecía tan pequeño, tan inútil—polvo frente al inmenso vacío—que sonrió y se puso de pie. Era preciso obedecer.

Marchaban por el corredor en fila cerrada, mal ordenada, empujándose unos a otros, en medio de un ruido de cadenas y de pasos. Los soldados parecían tener que huyesen, aun entonces, y los estimulaban a gritos.

Al llegar a las puertas se detuvieron un instante.

—Compañeros, nos llevan a la cancellería del cielo, —exclamó uno de los condenados, hijo de un diácono, pálido, de dientes cariados, que parecía no comprender lo que decía y cuyas mandíbulas temblaban como en un acceso de fiebre.

—Es el camino que te corresponde—gritó, colérico, un soldado que estaba a su lado.

En las oficinas de la cárcel los minutos parecían una eternidad... pero la eternidad corría implacable, rodaba y desaparecía.

Mientras los llevaban por los corredores parecía que delante de cada uno se levantaba toda la vida y pasaban en imágenes maravillosas. Y este terrible trabajo de la imaginación los absorbía; los apartaba de todo, no les dejaba pensar en la posibilidad de intentar todavía algo para salvarse.

Caminaban como sonámbulos.

Pero la detención inesperada en las oficinas había hecho desvanecer todos esos sentimientos. El escribano y el director de la cárcel buscaban en los registros y llamaban por los nombres; se hubiera dicho que los borraban... Mas todo pasaba como en un sueño, como pálida visión sin vida: los papeles, la lámpara, la calvicie del director, las bayonetas.

Un soldado nervioso, muy joven, de bigote negro apenas visible, trataba de no mirar a los condenados. La extraña idea de que él estaba allí, vivo, en entera salud, mientras que esos hombres, ese preso alto, sin afeitar, de ojos grises hundidos, así como todos los demás, no han de existir dentro de un momento, le hacía estremecer, le aceleraba los latidos del corazón, y padecía... Entre los condenados, Khlemenkine, hombre de tipo meridional, hermoso, fuerte, de espesa cabellera, callaba con sorda desesperación, se sentó en un banco y tomóse la cabeza entre las manos, apoyando los codos en las rodillas.

El obrero golpeaba involuntariamente el suelo con los pies.

—¡Por lo menos que todo esto acabe de una vez, compañeros!—murmuró paseando circularmente la mirada y hundiendo las manos en el capote de presidiario.

Como le sucedía siempre que se excitaba nerviosamente, sentía dolor de vientre y en su cabeza germinaban ideas extravagantes. "Si uno pidiera permiso para sus necesidades y huyese... bien pudiera ser..." E imaginaba un plan tras otro, pero la lengua le temblaba.

—Compañeros, ¿qué es esto?—gritó.—¡Soy inocente! ¿Me han condenado sin proceso! ¿Qué es esto?

El que más impresionaba era el colegial. Ese muchacho regordete, de mejillas aterciopeladas, fruncía el ceño, mordíase los labios, conjuraba visiblemente todas sus energías para no traicionarse y estallar en sollozos. De pronto, apresuradamente, hizo la señal de la cruz, su rostro se empurpuró, se le hincharon las venas de las sienes, temblóle la mandíbula inferior y sus labios se movieron sin proferir un sonido. Evidentemente quería decir algo, pero la emoción se lo impedía.

El ingeniero que entonces le miraba por azar, tuvo miedo de que le ahogara la sangre que le fluía a la garganta. Anhelaba que ese adolescente no sufriera en ese momento. Era demasiado.

—Yo... yo...—exclamó por fin el colegial—deseo un sacerdote.

Parecía asustado de su propia voz, y temeroso, miró a su alrededor. Pero nadie le había oído, excepto un soldado, precisamente el que se hallaba al lado del ingeniero y que, pálido, evitaba mirar a los condenados. Se estremeció e hizo un movimiento en la dirección de su jefe para transmitirle el deseo del niño. El jefe estaba atareado, revolviendo papeles.

—Quisiera un sacerdote—replicó en voz alta, y esta vez todos le oyeron y todos se estremecieron.

El hijo del diácono se sonrió.

—Y yo quisiera un cigarrillo—dijo, y agregó una frase canallasca.

El jefe levantó la cabeza y miró al colegial.

—Lo tendrá... ¿Por qué grita?—pero al ver la cara del joven, enrojecida, contraída y los ojos inflamados por la emoción, se sintió confundido y agregó con cierta suavidad:

—Lo tendrá. Tendrá todo lo que permite la ley.

El colegial, confuso también, pasó una mirada circular.

—No es nada... nada más que eso quería decir.

Y de nuevo una idea extraña se presentó al espíritu del ingeniero: todo eso le parecía tan pequeño y mezquino frente a la eterna serenidad en que todos iban a sumergirse, que tuvo deseos de levantarse y de hacer comprender al colegial, de cualquier modo, para que no se enervara y le sonriese, que todo era inútil y que aun en ese momento se podía estar alegre.

Al mismo tiempo tuvo lástima del director de la cárcel, ocupado de esas pequeñas tareas aburridoras y terribles del servicio y, por primera vez, cuando advinó en su rostro cierta compasión por el sufrimiento del colegial, vió, también en él un hombre.

—No sería bueno acercarme y pedirle que el colegial sea ahorcado primero? Yo esperaré. Será mejor para el niño—pensó. Esto le pareció muy sencillo y fácil desde que todos, en ese momento, eran hombres: él, el director de la cárcel y los soldados. Mientras, ma-

quinalmente, se preguntaba cómo hacer lo que pensaba, puesto que no podía decirlo en alta voz y debía explicarse prudentemente para que se le comprendiera, la terrible tarea de las anotaciones quedaba terminada.

Volvieron a ponerse en movimiento; el hijo del diácono observó en el reloj de pared que habían permanecido en la oficina exactamente cinco minutos. Eran las tres menos siete. Los hicieron salir y los llevaron al patio.

Otra vez los portazos. Los condenados caminaban entre dos hileras de soldados; delante iba siempre el mismo oficial; detrás seguían, en grupo, los testigos de la ejecución.

Mientras que en la oficina se cumplían las últimas formalidades, el sacerdote, muy emocionado, se paseaba a largos pasos en una pieza vecina, despacho del director de la cárcel.

Todo eso le parecía inútil; pensaba que se podía evitar de una manera cualquiera, tratarlos cristianamente, perdonarlos... "Pero nosotros somos una pobre gente... la autoridad sabe mejor que nosotros"—pensó. Varias veces se dispuso a rezar, pero se lo impedían la presencia de alguien que entraba y el medio poco común que le rodeaba; echábase hacia atrás los largos cabellos y agitaba la cruz.

El director de la cárcel vino a advertirle:

—Padre, uno de los condenados desea verle.

Los demás habían rehusado su ministerio.

—Bien; por lo menos llevaré el consuelo a uno de ellos y rogaré por los demás,—dijo tranquilizándose, aunque su corazón latía fuertemente.

El fiscal estaba nervioso y trataba de no observar lo que iba a pasar. Pensaba en su mujer, que había dejado en el lecho tibio y muelle. Ella ama los versos decadentes y en general tiene gustos "rojos"; él mismo simpatiza con este movimiento y comprende "todo". Es tiempo de abolir el antiguo régimen; sin embargo, es claro que, mientras la ley exista, hay que ejecutarla. Cuando ellos estén en el poder entonces harán otras leyes y vivirán a su gusto.

Y en él susurraba una especie de despecho contra esos hombres porque, como no son jurisconsultos, no pueden comprender verdades tan sencillas, aunque, humanamente, merecen compasión. Entretanto, daba vuelta en su bolsillo la sentencia que iba a tener que leerles, y reunía sus fuerzas para no traicionarse...

El médico estaba ebrio; fumaba y refería quejumbrosamente al escribano del tribunal una ofensa cualquiera que le habían hecho. El oficial del convoy miraba el reloj...

Allá, en el patio, en el lugar del suplicio, delante de las horcas, el colegial súbitamente estalló en sollozos y se puso a llorar a lágrima viva. Ya no podía decir nada y lloraba como un chicle. Todo su valor, todo su dominio de sí mismo se habían desvanecido durante la confesión. No creía en la confesión, no creía en Dios, no lo comprendía... pero el recuerdo de su madre lo atormentaba y la entrevista con el sacerdote era todo lo que había tenido tiempo de imaginar para consolarse. Suplicó al sacerdote que dijera a su madre que había muerto con firmeza, valerosamente, con la fe en la inmortalidad, protestándole su amor y pidiéndole que no se afligiera demasiado. Quería llegar a eso, aun por la mentira.

Pero en la apresurada confesión había olvidado hablar de su hermana al sacerdote. Y sufría ante la idea de que él jamás había sido justo para con esa muchacha raquítica, escrofulosa, que iba a pensar que no se había acordado de ella en sus últimos momentos y que él no la amaba.

Era demasiado tarde para reparar el olvido, y lloraba y sollozaba estremeciéndose todo.

Esa escena era insoportable. A los ojos de todos asomaban las lágrimas. Era preciso acabar de una vez. El verdugo se apoderó de él, el primero; en seguida se calló y perdió el conocimiento.

El ingeniero, que mientras se dirigía al lugar de la ejecución iba pensando en que habría que ayudar al colegial de una manera cualquiera, y no sabía cómo hacerlo, delante de las cinco horcas se había serenado y replegado por entero sobre ese nuevo sentimiento de calma que se le revelaba y frente al cual todo era tan pequeño, tan miserable que aun los sollozos del colegial no lo conmovían, sabiendo que todos iban a morir, que en un instante todo iba a acabar para ellos: las lágrimas y lo que las hacía derramar...

Dos veces alzó la mirada hacia el cielo estrellado, y las estrellas, parecíanle, decíanle la misma cosa. Por última vez aspiró a plenos pulmones el aire frío y rechazó el escalofrío.

Khlemenkine, enervado y emocionado por el colegial, aullaba y grita que eso no se perdonará jamás a esos verdugos, a esos brutos.

El fiscal y todos se estremecieron, aunque sentían que ya no valía la pena discutir.

El obrero temblaba y castañeteaban los dientes. El hijo del diácono trataba de reír, pero se extraviaba la mirada de sus ojos...

Veinte minutos después, veinte largos minutos terribles, durante los cuales el fiscal y los otros pisoteaban impacientemente la nieve, bambolearse los ahorcados, se helaban el escribano y el elegante joven de lentes, el oficial y el director miraban el reloj, y el doctor, envuelto apresuradamente en su peliza, se acercaba a los ejecutados, llevaba una mano rápida a las piernas, tratando casi de no tocar las piernas y murmuraba:

—Sí... muertos... bien muertos... sí, muertos... Voy a firmar...

Se dispersaron y todo, alrededor, recobró su aspecto de costumbre.

Leonidas SEMENOV.

Cines y varietés



DOROTY DIXON



LYDIA FERREIRA (La Lusitana), una de las tonadilleras predilectas de nuestro público, que une a su belleza natural excelentes condiciones de cantante. De regreso de Chile, será en breve aplaudida por el público porteño.



JEWEL CARMEN



ALMA RUBEN

ITALIA EN LA GUERRA



Un soldado italiano recibe una condecoración en presencia del duque de Aosta y del general Díaz. Un oficial lee la mención del hecho que motiva la condecoración.

CONMEMORACIÓN DEL 4 DE FEBRERO



Concurrentes al homenaje realizado en el cementerio de la Recoleta, en conmemoración de los caídos en la revolución de 1905. Dicho acto se llevó a cabo el martes de la semana anterior, o sea al cumplirse el décimo cuarto aniversario de dicho movimiento, y durante la ceremonia hizo uso de la palabra el doctor Adolfo Calvete, designado al efecto por el comité de la capital del partido radical.

MARPLATENSES



Parte de la concurrencia que asistió al segundo baile de la temporada, realizado en el Regina Hotel, y que, por sus brillantes proyecciones, constituyó un éxito social.



Un detalle de la fiesta, durante su transcurso en las galerías del jardín de invierno.



Niño de O'Farrell.



El doctor Marcos A. Figueroa, su señora Ana Urioste de Figueroa, y su hija, señorita Ana Victoria Figueroa.



Señorita Elena Aldao.



Otro aspecto del baile efectuado en el Regina Hotel.



Los señores doctor A. Gubetich, secretario de relaciones exteriores del Paraguay, Carlos Sosa, diputado nacional de dicha República, D. Manzoni y Dr. Andrés Gubetich.



El ministro de Francia en el Paraguay, Mr. Soes Soleurs Des Longchamps y su esposa, señora Gancedo de Manzoni, señoras de Mattaldi, doctores Gubetich y Manzoni, señor Carlos Sosa y capitán de navío Eguren.

Bodas de plata



Señor Ramón E. Frumento, que el 26 de este mes cumplirá sus bodas de plata con nuestro colega "La Prensa", en cuyas tareas administrativas se ha distinguido como uno de los más laboriosos factores.

El encanto de Alta Gracia



La calle principal del pueblo.



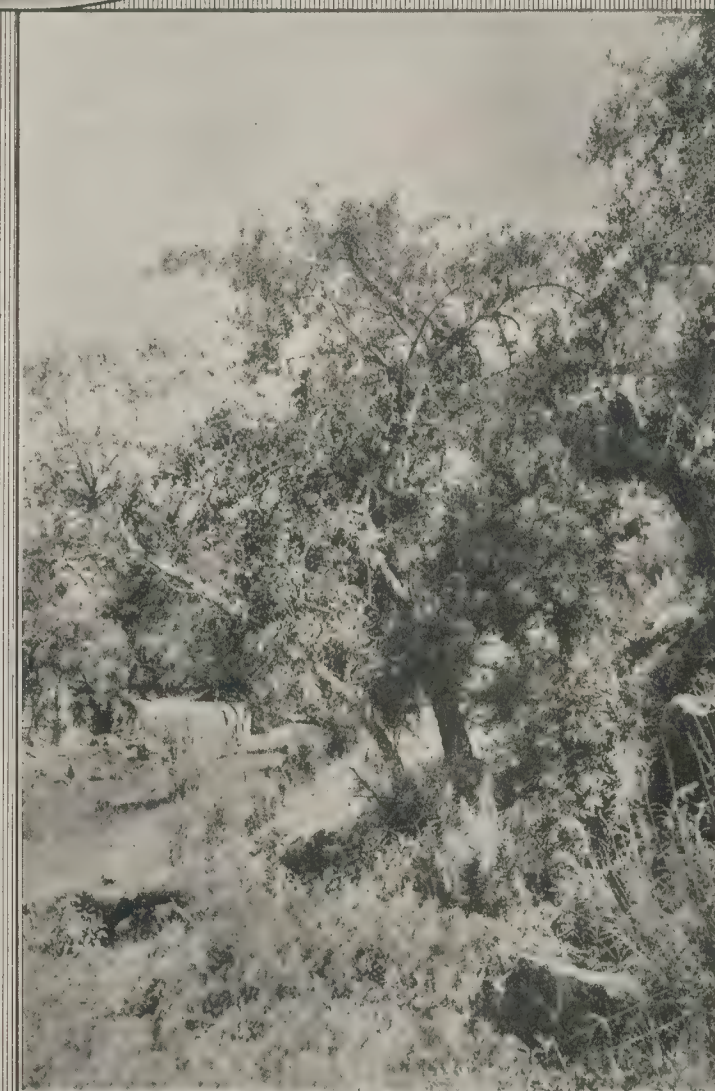
Descansando a la sombra en la explanada de las acacias.



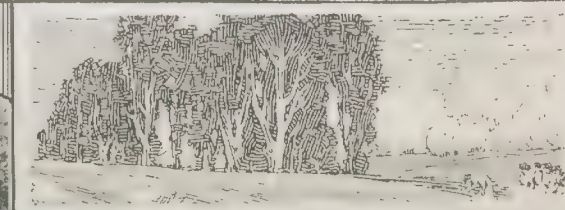
El primer paredón.



Los jardines del Sierras Hotel. En el fondo la serranía de la región.



Motivo agreste.





MOVIMIENTO POLÍTICO



Parte de los delegados que asistieron a la asamblea realizada el sábado primero del corriente, en el local Suipacha 156, por los elementos de la Unión Cívica Radical, con objeto de proceder a la elección de los miembros de la nueva mesa directiva del comité de la capital, acto que se llevó a cabo en medio de los incidentes que son del dominio público.



La nueva comisión designada, en la cual resultaron electos el doctor José P. Tamborini, como presidente, y los señores Juan B. Barnetche y Felipe Restano, como vicepresidentes primero y segundo, respectivamente.



Los doctores José P. Tamborini y Carlos A. Becú, que concurrieron a la reunión en su carácter de delegados, y los doctores Fernando Sagüier y Delfor del Valle, que presenciaron el acto, como simples espectadores.

PIC NIC SOCIALISTA



Concurrencia que asistió al pic nic organizado por los afiliados al Partido Socialista, correspondientes a la sección novena, y llevado a efecto el domingo 2 del actual, en el Tiro Suizo de Belgrano, y en medio del mayor entusiasmo.

DE PUENTE DEL INCA



Excursionistas que se dirigían al Cristo de los Andes, detenidos en Las Cuevas, a causa de una nevada.

Uno de los puntos de veraneo más favorecidos con que cuenta la República, es, sin duda alguna, el pintoresco Puente del Inca.

Su situación topográfica, sus condiciones climáticas y su balneario, ofrecen sobrados atractivos para que la corriente de veraneantes, que se dirige a aquellos sanos lugares, vaya en aumento a cada temporada estival.

Actualmente disfrutan las delicias de la citada región un gran núcleo de familias, que, fuera del horno metropolitano, no pueden menos de despertar nuestra envidia.



La señorita Adela Thompson, implantando la moda yanqui de la indumentaria masculina.



Los señores Pedro Bertede y Maumus, soportando la nevisca en Las Cuevas.



Jacinto Carmiclimo, diminuto e intrépido excursionista.



Niños de Zapiola desarrollando un programa de balancín.



El Dr. Eduardo Tornquist y el señor Alejandro Casares, en párrafo aparte.

PARTIDO DEMÓCRATA PROGRESISTA



Los señores Ricardo Bello, Bernardino Caldera, Vito Virginillo, Rodolfo Sojo, Julio Pardelanne, Torcuato Mabbec, Leopoldo Lago, Roberto García Bonorino, Segundo Oyarzú, y otros afiliados al partido demócrata, de la circunscripción decimanovena, después de la reunión efectuada el sábado primero del corriente, en el local Santa Fe, 2701, en el cual se procedió a elegir las autoridades del comité. Presidió el acto el doctor Ricardo Bello, e hicieron uso de la palabra los señores Honorio Roigt, Bernardino Caldera, Leopoldo Lagos y Julio A. Pardelanne.

DE LA NUEVA ALEMANIA



Ebert, el jefe del gobierno alemán, es una de las personalidades más destacadas del partido socialista. Era talabartero. Tiene 47 años. Se inició en el parlamento dos años antes de la guerra. Espíritu moderado, sus tendencias son francamente nacionalistas.

PASEO CAMPESTRE



Concurrentes a la fiesta ofrecida por el señor Krüger, de la Cervecería Palermo, a un grupo de comerciantes de Belgrano, acto que se realizó el domingo 2 del actual, en los alrededores de Palermo.

EL CONCURSO FEMINISTA



En una remota aldea de Inglaterra, el pregonero municipal, en este caso una niña, convoca a los habitantes a son de campanilla, para comunicarles los más importantes acontecimientos públicos, que transmiten desde la capital.

ECOS DE LA HUELGA REVOLUCIONARIA



Automóviles de reparto de la casa A. Cabezas transformados en ambulancias, camino de la Asistencia Pública, para tomar servicio durante los días en que se desarrollaron los sangrientos incidentes.



Repuesto de material rodante, listo en el garage de la mencionada casa y pronto para suplir a los coches que pudieran quedar fuera de servicio.



Furgón correspondiente al lote cedido por la casa Cabezas, que estableció el record en cuanto a viajes realizados y camino recorrido.

Es digna de aplauso la espontaneidad con que la casa A. Cabezas puso inmediatamente a disposición de la Asistencia Pública todo su servicio de automóviles, dotado con personal completo, y la guardia de sus talleres, atendiendo únicamente al humanitario propósito de colaborar en el rápido auxilio de los caídos, durante las luctuosas jornadas.

INFIDELIDAD

Realmente, Luisita no creyó nunca causar un gran dolor a su amigo al abandonarlo. Su unión no le pareció más que una agradable aventura, y su cabecita, algo ligera, se figuraba que seguirían siendo amigos como antes. Pero como él no quiso volver a verla se dio por ofendida, aunque sin dejar de sentir a veces honda tristeza al recordar su casita tranquila, los proyectos que ambos hacían para el porvenir y los mil recuerdos que dejaba tras ella.

Después su lujo presente la fué consolando, y poco a poco lo que ella llamaba el olvido pareció extinguir todo recuerdo y remordamiento.

Sin embargo, cuando estalló la guerra corrió hacia la casa de su antiguo amante, medio loca ante la idea de que iba a partir para no volver nunca tal vez.

La recibió una criada ya vieja... ¡Su criada!

Le entró tal temblor, que la criada la hizo pasar.

—Si la señora quiere sentarse un momento...

El aspecto del cuarto, el espíritu, el ambiente y la luz la impresionaron. Acariciaba con sus miradas aquellas paredes, aquellos muebles familiares. Nada había variado desde que salió de allí; no tapete bordado por sus manos cubría aún la mesa del comedor. Lloró en el mismo sitio en que él había llorado a mares al verse solo.

La criada la contemplaba en silencio. Luisita se avergonzó de la elegantísima indumentaria que llevaba y preguntó azorada:

—¿De modo... que marchó?

—Sí, esta mañana.

—¿Y... no dejó dicho... no dejó nada para mí?

—No, señora.

Bajó la cabeza y no tardó en ponerse en pie. No se atrevía a preguntar nada más. Al llegar a la puerta osó, no obstante, decir:

—Se marchó emocionado... triste... ¡Usted, que tan bien le conocí!

—No, o al menos no se le notó.

—¿Sabe usted dónde se le puede escribir?

—No, señora.

—Pues si llega usted a tener alguna noticia suya, ¿será usted tan buena que quiera comunicármela?

Y con los ojos preñados de lágrimas y con paso inseguro bajó las escaleras.

Desde aquel día comenzó una nueva existencia para ella. Siempre estaba inquieta por la llegada del cartero; el timbre de su puerta la estremecía. En la mesa hacía esfuerzos para aparentar alegría; pero al quedarse libre y dueña de sus acciones por la tarde, se apresuraba a salir para ir en busca de algunos amigos de ambos a quienes desde hacía tiempo no veía; pero los amigos nada sabían o nada querían decirle. Y Luisita pensaba:

—Ha prohibido que me hablen de él, no me cabe duda. Luego piensa en mí.

Y aquella creencia le infundía ánimos.

Al verse en aquella soledad se recogió en sí misma, comprendió la importancia de su falta, y también que nunca había amado a nadie más que a él. Por la noche le escribía cartas larguísimas, que rompía a la mañana siguiente.

Al cabo de seis meses tuvo noticias por un amigo que volvió herido del frente; Juan estaba bien, era muy valiente y soportaba con ánimo todas las fatigas de la guerra. Luisita hubiese querido que aquel amigo le repitiese infinidad de veces las mismas cosas; le maravillaban los menores detalles y descubría en la vida goces ya olvidados. En fin, se atrevió a pedir su dirección, y aquello le produjo de repente la ilusión de que se había disminuido la distancia que les separaba. Le escribió; pero no obtuvo contestación a la carta, y su corazón se llenó de nueva angustia.

—¿Estará enfermo?... ¿Herido?... ¿Muerto?...

Después supo que estaba bueno y sano, y entonces empezó a molestarle aquel silencio.

Al principio lo había encontrado natural y digno...; pero ya era demasiado... A veces iba a hablar con la criada y sólo lograba sacarla palabras vagas y confusas.

—El señorito está bien. Le mandé ropa interior para el invierno...

Y nada más.

Pasó un año, otro y otro más... Supo

LA CONFERENCIA DE LA PAZ



Llegada de los delegados alemanes.

que había sido citado tres veces en la orden del día y que le habían hecho oficial. Por la calle miraba a todos los soldados para ver el número que llevaban. Un día detuvo a uno que llevaba el del regimiento de Juan.

—¿Conoce usted al teniente Lambert?

—¿Está bien?

—Muy bien. Está aquí; ha venido con las banderas.

Luisita exclamó, loca de alegría:

—¡Gracias... muchas gracias!

Y siguió su camino emocionadísima.

Al día siguiente se colocó en una de las calles por donde habían de desfilar las tropas con las banderas. La multitud la oprimía, la zarandeaba; pero ella se obstinaba en defender su puesto. Empezaron a pasar los regimientos. Lloraba y gritaba, haciendo mil ademanes entusiastas. De pronto le faltó la voz. Juan iba a pasar. Apenas tuvo tiempo de verla. Le parecía que la bandera que él llevaba pasaba más de prisa que las otras. Gritó: ¡Juan!

Pero su voz se perdió entre tanta exclamación patriótica, y otras banderas pasaron una tras otra.

Echó a correr, siguiendo a las tropas, tropezando aquí, deteniéndose allá, mirando siempre la misma enseña que sobresalía por encima de los cascos. Se detuvo cuando el regimiento entró en el cuartel y esperó.

Hacía calor y estaba cansadísima; pero no le importaba, pues iba a salir, le vería, podría arrojarle en sus brazos... Todo lo demás, sus ojos humedecidos por las lágrimas, sus piernas temblorosas, sus pies destrozados de correr y de estar de pie en la calle durante tres horas, nada tenía importancia. ¡Juan iba a salir! ¡Le vería!...

Y le vió... Salíó del cuartel precipitadamente, mirando a uno y otro lado, como buscando a alguien. Luisita se abrió camino entre los grupos. Por un momento creyó que Juan se dirigía a ella... Pero se volvió de pronto y una mujer corrió a su encuentro.

Luisita se colocó en primera fila y la pareja pasó junto a ella, casi rozándola. Tuvo tiempo de ver en el rostro del militar la misma mirada cariñosa, tierna y enamorada con que a ella le acarició

tantas veces, y oír decir a la mujer que llevaba del brazo:

—¡Mira cómo llora esa pobre muchacha!... ¡Qué pena me da verla!

Y como una conadme compasiva le preguntase:

—¿Qué le pasa a usted, hija mía?

Luisita le contestó:

—Nada... Que he visto a un hombre

que se parece mucho a un amigo que he

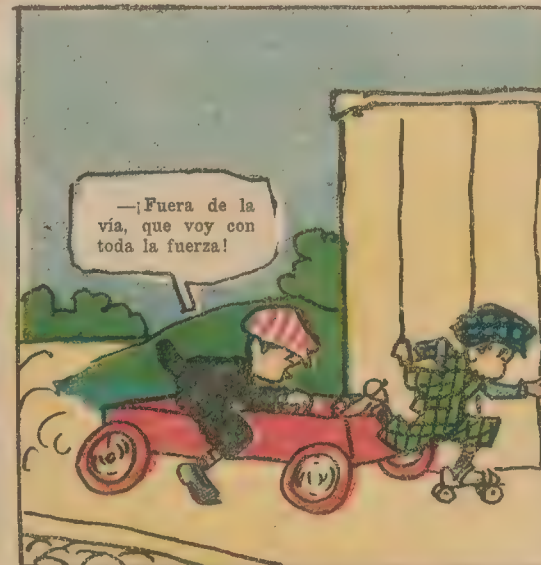
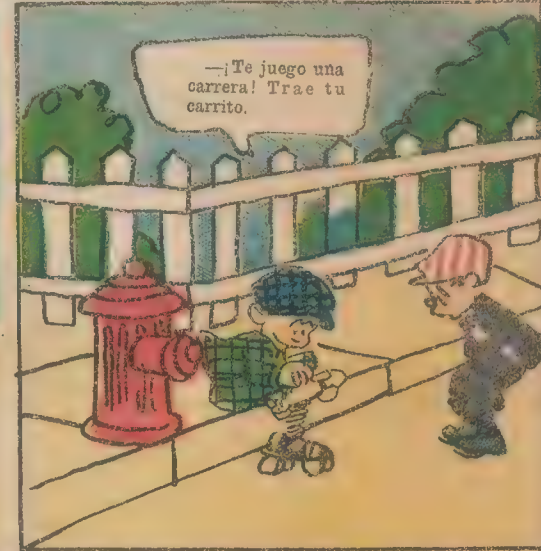
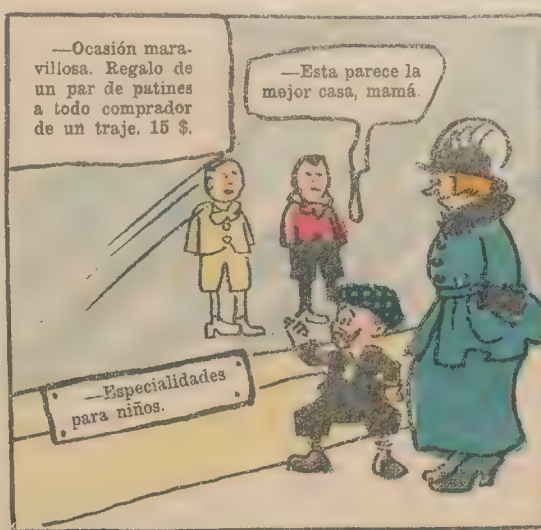
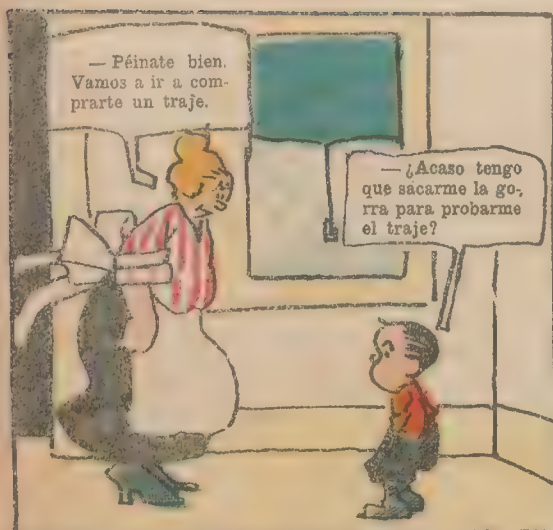
perdido.

Mauricio LEVEL.

El original de la delicada figura de mujer que tienen en la tapadera las rarísimas teteras negras de Wedgwood, se dice que fué Mrs. Ineyd, de Keele Staffordshire, a quien tomó Wedgwood como modelo, por su hermosura original.

La ostra no se cría en el mar Báltico, porque no tiene toda la sal suficiente. Estas no pueden vivir sino en aguas que cuando menos contengan treinta y siete partes de sal por cada mil de agua.

PÁGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí





OBSEQUIO del POLVO GRASEOSO **LEICHNER**

\$ 4.650 en efectivo 1.287 premios

Los propietarios del afamado Polvo Graseoso LEICHNER, queriendo agradecer el constante favor que las damas vienen dispensando a su exquisito producto, han resuelto obsequiar \$ 4.650 moneda nacional de curso legal, distribuidos en 1.287 premios, bajo las siguientes

BASES Y CONDICIONES

1 Gran Premio.....	\$ 500.—	y los siguientes premios adicionales para aquellas personas que envíen la mayor cantidad de cuartetas, sean o no premiadas:	1 Gran Premio de.....	\$ 200.—
1 Segundo premio....	\$ 250.—		1 Segundo premio de....	\$ 100.—
2 Terceros premios, de \$ 100 c/u.....	\$ 200.—		2 Terceros premios, de \$ 50 c/u.....	\$ 100.—
5 Cuartos premios, de \$ 50 c/u.....	\$ 250.—		4 Cuartos premios, de \$ 25 c/u.....	\$ 100.—
10 Quintos premios, de \$ 25 c/u.....	\$ 250.—		10 Quintos premios, de \$ 5 cada uno.....	\$ 50.—
50 Sextos premios, de \$ 10 c/u.....	\$ 500.—		100 Sextos premios, de una caja de Polvo Graseoso LEICHNER de \$ 1.50 cada una.....	\$ 150.—
100 Séptimos premios, de \$ 5 c/u.....	\$ 500.—			
1000 Octavos premios, de una caja de Polvo Graseoso LEICHNER de \$ 1.50.....	\$ 1.500.—			
1169	\$ 3.950.—	118	\$ 700.—	

Total de premios: 1287 Total \$ 4.650

Para optar a estos premios, las condiciones son las que siguen:
Remitir una cuarteta haciendo referencia al Polvo Graseoso LEICHNER, la que debe ser escrita en castellano.

Cada cuarteta debe venir acompañada con la mitad adherida a la estampilla fiscal que indica (Polvo Graseoso Leichner y firma) que trae adherida cada caja de Polvo (ver indicación al pie para mejor entendimiento).

No será tomada en cuenta ninguna cuarteta que no se ajuste a estas condiciones.

El primer premio de \$ 500 será otorgado al mejor verso (cuarteta), y en orden de mérito los siguientes premios.

No habrá división de premios y el jurado será formado por redactores de «Caras y Caretas», «Atlántida», «Mundo Argentino», «Fray Mocho» y «El Hogar», cuyo fallo será inapelable.

Todas las contestaciones deberán ser dirigidas a «Concurso obsequio del Polvo Graseoso LEICHNER» a/c. de «Fray Mocho», Paseo Colón 1266, Buenos Aires.

La casa Mendel y Cía. se reserva el derecho de publicar o no las cuartetas, y semanalmente se publicarán algunas. Este concurso queda abierto desde la fecha y se clausurará indefectiblemente el 31 de marzo de 1919, a las 6 p. m.

Mendel & Cía.

BOLIVAR, 879

BUENOS AIRES



EN EL ATLANTICO DENTRO DE ALGUNOS AÑOS



—Allí fué donde los hunos hundieron un barco en que viajaban mujeres y niños.

JUSTICIA QUE SE RETARDA

El monumento a Gervasio
Antonio de Posadas, primer
Director Supremo del Estado

Cumplíéronse ya ochenta y cinco años de que bajara al sepulcro don Gervasio Antonio de Posadas, primer Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, durante cuyo gobierno y dirección consolidó la independencia argentina con la destrucción del poder naval español en el Plata, con la rendición y toma de la plaza fuerte de Montevideo, postrer baluarte de la dominación realista en el mismo, y con la incorporación de la provincia Oriental al gobierno de Buenos Aires.

Estos antecedentes históricos y el resto de su existencia consagrada a la patria, justifican plenamente la erección de un monumento a su memoria, con el detalle especial de que las autoridades que llevarán a término la justiciera obra, no harían más que poner en cumplimiento decretos preexistentes, cual el dictado en ocasión de su fallecimiento, por el entonces gobernador de Buenos Aires, brigadier general don Juan Ramón Balcarce, y que transcribimos textualmente a continuación:

“Buenos Aires, julio 5 de 1833 “Año 24 de la Libertad y 18 de la Independencia.

“Considerando el gobierno los justos títulos de gratitud que merece la memoria del primer Director de Estado, don Gervasio Antonio de Posadas, entre sus conciudadanos, por los servicios distinguidos que supo rendir al país y a la patria, ha acordado y decreta:

“Artículo 2.º—En la Biblioteca Pública se levantará por cuenta del gobierno, un monumento donde se depositen los restos del ciudadano don Gervasio Antonio de Posadas.

“Artículo 2.º—En la Biblioteca Pública se archivará un manuscrito autógrafa a lo prevenido en decreto de 6 de octubre de 1821.

“Artículo 3.º—Comuníquese, publíquese y dése al Registro Oficial.

BALCARCE.

Victorio García de Zúñiga.”

Pues bien,—y conduelo decílo,—a pesar de este decreto, no existe en la necrópolis ni la más humilde losa, que indique al pía-

doso visitante donde descansan sus restos, para que así, ante ella, puedan, respetuosamente, inclinarse las generaciones presentes y por venir.

Es, pues, un caso de olvido histórico que las autoridades de la Nación deben apresurarse a reparar cuanto antes.

Que ya lo ha dicho un escritor:

“El ejemplo de las grandes acciones y de los nobles heroísmos, son páginas de gloria escritas en los monumentos, para que su lectura constante vigorice la vida nacional. Y los que olvidan sus tradiciones y no se inspiran en el ejemplo de sus grandes antepasados que les dieran patria y libertad, languidecerán y, anémicos, degenerados, acabarán por arrastrarse en humillante esclavitud.”

Más, por fortuna, el pueblo argentino, generado por excelso próceres como San Martín, Belgrano, Moreno, Rivadavia, pueblo en que nacieron Mitre, Sarmiento, Avellaneda, y pueblo que por sus venas corre la sangre hidalga de sus héroes, no ha de dejar adormecer el recuerdo de sus glorias, ni borrar de su memoria la gratitud que debe a los padres y defensores de la patria.

Por eso, esperamos que la hodierna juventud argentina, acurrida de grand s ideales, celosa por la conservación de sus derechos y libertades, y mantenedora firme de sus honrosas tradiciones, cumplirá, en breve, con el supremo deber de cancelar esta deuda sagrada, immortalizando, en la piedra o en el bronce, el nombre de este buen hijo, que tuvo el verdadero concepto de la nacionalidad y supo valorizar la dignidad de la República.

Gontrán ELLAURI OBLIGADO.

El ídolo más grande del mundo

En un terrazo próximo a un templo japonés, a cuatro kilómetros de Kamamura y a unos cuarenta de Yokohama, hay un ídolo de bronce de tamaño colosal que data de los tiempos en que reinaba el emperador Shomu, el cual falleció setecientos cuarenta y ocho años después de Jesucristo.

El tamaño de la figura es enorme. Desde la flor de loto que le sirve de base, hasta la cabeza, mide veinte metros de alto; sólo el rostro tiene nueve metros de alto, por tres de ancho, con unos ojos de más de un metro en su eje mayor, y unas cejas de metro y medio.

Las orejas están en proporción con el resto del ídolo: su altura es de tres metros próximamente; el dedo corazón mide metro y medio justo.

Las 56 hojas de loto que constituyen el trono tienen tres metros de largo por cerca de dos de ancho.

Inmigrantes a bordo

A bordo del "Pelagus", 14 de diciembre de 1903.

Mi querido amigo: Mañana, por fin, vamos a desembarcar, con dos días de atraso, y entonces echaré al correo esta primera carta que te escribo, todavía bajo la impresión de terribles emociones.

El pasaje de tercera me dió un sitio entre cuatrocientos cincuenta pobres diablos como yo, que llenan el entrepuente convirtiéndolo en una especie de plaza de aldea en día de mercado, pero sin aire ni luz, ni alegría. Está rebotando de hombres, mujeres, niños, en revuelta confusión, que hablan todos los idiomas, exhalan todos los olores, visten todos los harapos... No te puedes imaginar lo que una persona medianamente educada, por mucho que sea la amplitud de su espíritu, padece en lo físico y lo moral durante uno de estos viajes dolorosos y uermos. Mis compañeros mismos, aunque en su mayoría hechos a la miseria, se sienten rebajados de su dignidad de hombres, y se rebelan instintiva e inconscientemente contra ello, manifestando la protesta con su irritabilidad y mal humor.

Considerame en este hacinamiento humano, entre multitud de mareados que en un principio aumentaban minuto por minuto, con las apreturas, la falta de aire, el hedor, el contagio inevitable por la excitación y luego depresión de los nervios... En los primeros días yo no podía estar sino en el puente, echado de bruces sobre la borda, mirando al mar, bebiendo la buena brisa del Océano, hasta que la fatiga me obligaba a ir a acostarme abajo, en aquellas mazmorras de madera, en que las camas parecen oscuros estantes para mercancías sin valor, desperdicios de humanidad... Pero no podía quedarme mucho rato: apenas me despertaba cualquier ruido, cualquier movimiento, semi-asfixiado por aquella atmósfera gelatinosa, irrespirable, corría a cubierta y me bañaba en el viento, como para sacarme una pringue que me cubriese de pies a cabeza. Mis pobres compañeros, anónimas reses de aquel rebaño encajonado, sufrían también, y en medio de la noche, entre ronquidos y respiraciones anhelosas, sonaba de vez en cuando algún grito sofocado, alguna imprecación, algún juramento...

Así navegamos varios días, sin poder acostumbrarme a tal suplicio, cuando de repente empeoró nuestra situación sorprendiéndonos una terrible tempestad... El barco amenazaba a cada instante hundirse en el mar para no reaparecer. Las olas rompían sobre el puente, con verdadero furor, cataratas intermitentes y repentinas que se precipitaban con el estruendo de un estampido, arrebatando cuanto había sobre cubierta. Era casi imposible mantenerse allí, pero, abajo, con los ojos de buey cerrados y los ventiladores insuficientes, la permanencia era una tortura intolerable. Por eso, desdeñosos del baño continuo y del peligro inminente, muchos pasajeros de tercera, y yo entre ellos, preferimos quedarnos arriba, nerviosamente asidos de los cabos, de los pasamanos, de todo cuanto presentara un firme punto de apoyo. Las olas que entraban por la proa y llegaban hasta más de la mitad del trasatlántico, en forma de torrente furioso, nos envolvían empapándonos, y sus espumamarajos pasaban sobre nuestras cabezas, haciendo que el puente y todos sus accesorios, mástiles, chimeneas, ventiladores, chorrearan agua como bajo una lluvia diluviana.

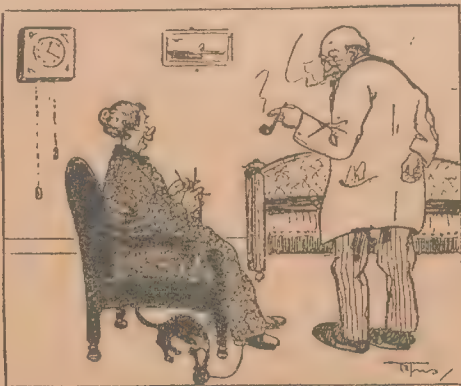
Pero aunque a cada momento podíamos ser lanzados, cual por una catapulta, a la inmensidad del Océano negro como tinta, muchos preferíamos el peligro al aire libre, a las angustias de la asfixia. Pero la situación fué haciéndose insostenible, la lucha para mantenernos y no ser arrebatados agotaba rápidamente nuestras fuerzas, y uno por uno, mis compañeros comenzaron a bajar derrotados... Quedábamos los más fuertes, los que más odiábamos el encerramiento, cuando el comandante ordenó:

—¡Todo el mundo abajo!—al ver que una nueva partida de inmigrantes subía a respirar, a despecho del peligro.

Varios marineros, dirigidos por el contramaestre, nos arreararon como ovejas hacia las escotillas, obligándonos a bajar, pese a nuestras protestas, y cerraron herméticamente, para que no nos fuera posible volver a subir.

¡Qué te diré! Aquello fué un horrendo martirio que nadie describiría sin ser tachado de exageración, y que yo no puedo pintarte en estos cuatro renglones escritos sobre las rodillas.

VIDA CONYUGAL



—Recuerda, Atenágoras, que dentro de pocos días celebraremos nuestras bodas de plata.
—Es cierto; pero espera cinco años más y festejaremos la... guerra de treinta años!

Imaginate cuatrocientos cincuenta personas vivas, amontonadas y clavadas en un solo ataúd con que se entretuviera una turba de sacrilegos gigantes jugando a la pelota o al foot-ball. ¡No te sonrías! la comparación será extravagante, pero la situación era terrible.—Los cabeceos y los ruidos del inmenso "Pelagus", eran tales que nadie lograba mantenerse en pie, y todo, personas y objetos, rodaban mezclados en la infernal zarabanda, dándonos unos contra otros y causándonos contusiones y lastimaduras...

Las mujeres rezaban aterradas y desesperadas; los niños lloraban; los hombres nos mirábamos unos a otros, cambiando a veces a gritos, nuestras amargas reflexiones. Un niño de pechos, en brazos de su madre, golpeó una columna de hierro con la cabeza, abriéndose ancha y sangrienta herida. Esto aumentó el pavor y la consternación. Nadie pensaba en comer, ni en dormir, ni en otra cosa que en la catástrofe inevitable al parecer, tales eran los espantosos tumbo del navío.

Las exclamaciones, los gritos de espanto, aumentaban de minuto en minuto. El ambiente era irrespirable, la ansiedad mortal...

De repente—y hacia más de veinticuatro horas que estábamos en aquella tumba sin que la tempestad amainara,—de repente nos sentimos levantados en el aire, con buque y todo, a una inconcebible altura, y volvimos a caer, con la respiración detenida y latiéndonos atrozmente las sienes, a una profundidad que nos pareció inmensa. Y a aquel salto mortal sucedieron otros desordenados y terribles movimientos, arfadas espantosas, ruidos tan grandes que el vapor se tumbaba, ora a un costado, ora a otro... No, no puedes imaginar aquellos trances que, para mí, no han tenido igual en la vida entera.—Sabes que no temo la muerte... sin embargo, en esos momentos temblaba, más por "zozobra" materialmente física, que por sensación moral de miedo, pues te aseguro que casi ni pensar podía... Después de la espantosa sacudida, se alzaron algunas voces llenas de terror:

—¡Le bateau coule!—gritó un francés.
—¡Goddam!—imprecó un inglés.
—¡Madonna mía! suplicó una italiana junto a mí con acento desesperado.

Y en lugar de extinguirse, esas voces fueron creciendo, otras se les incorporaron, y luego otras y

otras más, hasta que aquello se convirtió en un clamor inmenso, tremendo, inaudito, que hacía temblar las maderas del entrepuente, sacudidas ya por el oleaje... Y al propio tiempo se producía un atropellamiento, una avalancha de personas hacia las escotillas, para tratar de salir de su cárcel, de ir a morir viendo siquiera el cielo tormentoso, seguros del inevitable naufragio. Pero aquel empuje terrible resultó inútil. Las escotillas estaban sólidamente cerradas por fuera. Al comprenderlo redoblaron los clamores. Yo me había apoyado en una columna del centro del entrepuente, y miraba la escena a la luz turbia, que resultaba siniestra, palpitante de los fanales, pero resuelto a quedarme allí para no ser deshecho por aquella tromba humana.

Alguien encontró una palanca, otros se proveyeron de barretas, sacadas quien sabe de dónde, y enfurecidos de desesperación comenzaron a golpear violenta y redobladamente las escotillas, para hacerlas añicos y salir... ¡Qué cuadro! algunas mujeres, petrificadas, sollozaban amargamente, con grandes sollozos; otras lanzaban ayes lastimeros; otras, unidas a los hombres que asaltaban las escotillas, animábanlos con grandes gritos. La madre del niño herido estaba de pie, muy tiesa, totalmente inermada en un ángulo, con el hijito en brazos, el cabello negro caído en dos mechones largos y perpendiculares a los lados de la cara, y los ojos tan abiertos y tan fijos, mirando sin ver, que parecían habersele salido de las órbitas.

Los clamores y los golpes llegaron a ser tan terribles—según he sabido después,—que los pasajeros de cámara los oyeron a pesar del fragor de la tempestad, y aterrados, temiendo un salto de aquellas criaturas dementes si llegaban a violentar su cárcel, se encerraron en los salones y en los camarotes, haciendo barricadas en las puertas con cuanto encontraban, y teniendo que rehacerlas cien veces, pues a cada golpe de mar, a cada tumbido del barco, todo rodaba, yendo a chocar con furia contra los tabiques, las columnas, las escalas, aumentando el pánico general.

Allá abajo, cansados los primeros asaltantes, otros los relevaban en seguida, continuando con rabia su trabajo de destrucción pero sin conseguir que las implacables escotillas se conmovieran. La falta de herramientas adecuadas, la incoherencia del esfuerzo y la solidez del cierre, hacían inútiles sus titánicos esfuerzos...

Te lo habré dicho todo cuando añada que este drama terrible duró otras veinticuatro horas largas, lo mismo que la tormenta que nos había hecho su juguete y que no amainó hasta el tercer día... Por último, al ver que el barco no se hundía, que la muerte no llegaba, que los movimientos de las olas iban aplacándose poco a poco, el sosiego comenzó a reconquistar lentamente los enajenados espíritus. Por fin, al tercer día de estar a la capa, el "Pelagus" pudo seguir su derrotero, y poco después se abrieron las implacables puertas de nuestra prisión... Una oleada de hombres, mujeres y niños, se precipitó al puente con tanto ímpetu como si aún se tratase de escapar a la muerte... Así debe huir la multitud en un teatro incendiado... Abajo no quedó uno solo de los pasajeros. Yo salí el último. Me detuve un momento a examinarlos: todos estaban horriblemente demacrados, como si acabaran de salir de una larga enfermedad mortal y comenzaran apenas a convalecer. ¡También, la verdad que la angustia es una enfermedad terrible!...

Y ahora que te escribo estas líneas, que quizá no aciertes a descifrar, llega a mis oídos el resuello de satisfacción de los magníficos "pursang" que vienen a bordo. Hace un rato me asomé a mirarlos. Gordos, relucientes, con la mirada viva y las narices abiertas al aire del mar, nada han sufrido con tantos trajines.

Cada uno llevaba un ayuda de cámara a su lado. También es cierto que su pasaje cuesta mucho más que el nuestro, y que el dinero hace desaparecer todas las jerarquías, aun entre especies zoológicas...

Roberto J. PAYRÓ.

"La Razón"

Hemos recibido un ejemplar del tercer número editado por este apreciable colega de la tarde.

Como en años anteriores, el volumen que nos ocupa, encierra, en cerca de cuatrocientas páginas, una reseña completa del movimiento comercial, financiero, industrial, intelectual y político habido en la república durante el año 1918.

Esta vasta recopilación ilustrada con numerosos grabados y perfectamente impresa, constituye un índice informativo de nuestros anales, eficaz para la consulta, y representa un considerable esfuerzo editorial por parte del mencionado colega, cuya feliz iniciativa merece se le tributen los más justos elogios.

Don Baltasar de Arandía

por CARLOS CORREA LUNA

Acaba de aparecer la 2.ª edición de esta amenísima e importante obra histórica premiada por el gobierno nacional.

PRECIO 2 \$ en todas las librerías

De su interés dan cuenta los capítulos que contienen: Preparativos de la aclamación de Carlos III en Buenos Aires.—Las fiestas.—Ceballos y Bucarelli.—El gobierno de Vértiz, Arandía en Potosí.—Los Escaladas.—La ilusión de la libertad comercial.—La noticia en el alto Perú.—El nombramiento.—Los corregidores y el repartimiento.—El crimen de García Prado.—Los embrollos de la Audiencia de Charcas. Don Baltasar en tierra de Chichas.—El señor corregidor. La increíble audacia de don Salvador Patzi y Perearnau.—Una terrible jornada.—Un almacén alto peruano en 1778.—La fuga de don Vicente de la Cueva y Saldaña. El siniestro humorismo de Patzi y Perearnau.—Un corregidor como no se había visto nunca. El modelo gubernativo de don Baltasar.—Los sucesos de Tarija.—La vuelta de García Prado.—La "venganza" de don Baltasar.—La última sorpresa.—Nota final.

El mejor coche de su precio



Para inmediata entrega:

Modelo 90, Cinco asientos

\$ 4000^{m/n.}



Cuatro Cilindros

Arranque y Alumbrado Eléctrico

:: Magneto de Alta Tensión ::

Modelo 85B, Siete asientos

\$ 4750^{m/n.}

P. A. HARDCASTLE

Plaza Mayo-Pasaje Overland-Bs. Aires

ROMANCE DE CIEGO

*Matusalén, a quien Dios
concedió vida tan larga,
así en sus postreros días
su miseria lamentaba:*

¡Ay de mi alma!

Vigor tuve y juventud,
mujer que amor perfumaba,
hijos que fueron orgullo
y alegría de mi casa.

¡Ay de mi alma!

Nietos en quienes soñé
mi estirpe se prolongara;
amigos que de la vida
conmigo la ruta andaban.

¡Ay de mi alma!

El tiempo los fué segando
con su implacable guadaña.
El tiempo me dejó solo
como una espiga olvidada.

¡Ay de mi alma!

Como una olvidada espiga
que en el campo abandonada
sobre el tallo se doblaba
tiembla, muere y se desgrana.

¡Ay de mi alma!

Cada muerto que enterré
algo de mí se llevaba.
Mi alma así poco a poco
en mil tumbas enterraba.

¡Ay de mi alma!

Y en mi propio corazón
el tiempo con su guadaña
fué segando los recuerdos
que la vejez marchitaba.

¡Ay de mi alma!

¿Para qué quiero, Señor,
para qué, vida tan larga,
si por un hoy que me das
un ayer de mi alma arrancas?

¡Ay de mi alma!

¿Por qué no se abre la tierra,
por qué no se abre y me traga?
Soy muerto sin sepultura.
Soy importuno fantasma.

¡Ay de mi alma!

Soy como estatua de piedra
entre el bullir de la plaza;
soy como pila de puente
que el agua rodea y pasa.

¡Ay de mi alma!

No hay mente en que inspire idea,
lengua que mueva a palabra,
pecho que sienta por mí,
ojos cuya luz yo atraiga.

¡Ay de mi alma!

La pena de morir joven
presto acaba.
La pena de vivir muerto
esa sí que es pena larga.

¡Ay de mi alma!

Aunque en este mundo estoy
este mundo me rechaza.
Aunque al otro pernezco
su puerta me está cerrada.

¡Ay de mi alma!

Todos los hombres se mueren
antes que muera su raza.
Todos los hombres se mueren
antes que muera su fama.

¡Ay de mi alma!

Mas yo vi morir mi nombre
y desleírse mi raza
en nuevas generaciones
como una ola en las aguas.

¡Ay de mi alma!

A la muerte sobrevivo
de mi estirpe y de mi fama.
A la muerte sobrevivo
de mi alma!"

*Así su propia miseria
Matusalén lamentaba,
sentado al sol. (En invierno,
algo fría la mañana).*

Julio ARCEVAL.

Inconvenientes de una puerta mal cerrada

Recuerdo que estando en el campo, tuve un ejemplo de esas pequeñas pérdidas que un hogar se expone a soportar por su negligencia. Falta de un picaporte de ínfimo valor, la puerta de un corral que daba sobre el campo, se encontraba a menudo abierta. Cada persona que salía la empujaba; pero como no había ningún medio exterior de cerrarla, quedaba batiente. Muchos animales del corral se habían perdido de esta manera. Un día, un joven y bello puerco se escapa y gana el bosque. Y he ahí toda la gente en campaña: el jardinero, la cocinera, la sirvienta, cada uno por su lado en busca del animal fugitivo.

El jardinero fué el primero en aprehenderlo, y, saltando una zanja para interceptarle el paso, se hace una peligrosa recalcadura que lo retiene más de quince días en cama. La cocinera encuentra quemado el lienzo que había dejado abandonado cerca del fuego para que se secara, y la criada, habiendo dejado el establo sin tiempo para atar las bestias, una de las vacas, en su ausencia, quiebra la pata de un potrillo que se criaba en la misma cuadra.

Los días perdidos por el jardinero, equivalieron a sesenta francos; el lienzo y el potrillo bien valían otro tanto. He aquí, pues, en pocos instantes, por falta de una cerradura de pocos sueldos, una pérdida de ciento veinte francos, soportada por gentes que tenían necesidad de la más estricta economía... Esto no es gran desgracia ni fuerte pérdida; no obstante, cuando se sabe que la falta de cuidado producirá nuevos y parecidos accidentes cada día y que ello envolverá finalmente la ruina de una familia honesta, convendremos en que valdrá la pena prestarle la debida atención.

Juan Bautista SAY.

Juan Bautista Say. (1767-1832): escritor francés que se ocupa principalmente de economía política. Fué el defensor del libre cambio entre las naciones.

Por qué las tibetanas tienen varios maridos

Es muy clara la razón de por qué en el Tibet existe la poliandria, y puede resumirse en lo siguiente: es tan pobre el país, que no podría sostener una población numerosa.

Si, por ejemplo, diez hombres se casan con una mujer cada uno, y todas echan al mundo dos o tres hijos, resultarían veinticuatro o treinta bocas más, que necesitarían alimentarse en un terreno árido y estéril, donde el comercio es imposible, dado su aislamiento.

Respecto a la poliandria tibetana, se ha dicho que cada mujer podía casarse con cuantos hombres quisiera, siempre que éstos fuesen parientes, lo cual se ha comprobado que no es cierto. En muchos casos forman parte de lo que pudiéramos llamar serrallo masculino, hombres de una misma familia; pero también los hay que no tienen parentesco ninguno entre sí.

También se ha comprobado una cosa muy rara: que en el Tibet, además de la poliandria, existe la poligamia. Hombres hay que forman parte de varios grupos de maridos.

Por esta causa hay una serie de cruces de derechos de parentesco, sucesión y propiedad regulados por un código de hace más de mil años, en comparación del cual nuestras leyes son de una sencillez verdaderamente infantil.

UN POCO DE JARDINERÍA

FLORES DE HORTENSIA AZULADAS

Las flores de hortensia que por lo común son blancas o rosadas, se vuelven de color azulado cuando la planta crece en suelo muy ferruginoso. Se puede obtener fácilmente esa delicada tonalidad de la flor, procediendo de la siguiente manera:

Mézclase a la tierra en que crecen las hortensias una buena cantidad de pizarra finamente pulverizada; se puede también mezclar a la tierra partículas de herrumbre desprendidas de un objeto de hierro muy enmohecido.

Otro método consiste en regar cinco o seis veces la planta, antes de la floración, con agua en la que se ha tenido sumergidos durante varios días pedazos de hierro enmohecido, por ejemplo clavos viejos. Para que las flores conserven su color azulado es preciso continuar esos riegos durante toda la época de la floración.

FLORES QUE NO SE MARCHITAN

Córtese una buena cantidad de flores de miosotas; en seguida péngaselas en un plato hondo, lleno de agua de lluvia, de manera que queden en el agua los tallos que sostienen a las flores, no éstas. Colóquese el plato cerca de la ventana para que reciba luz abundante. A medida que el agua se evapora se volverá a llenar el plato. Al cabo de tres semanas se verá aparecer raíces en la parte de la flor que permanece en el agua. Poco a poco se formará una redcilla que eubrirá al plato. Entretanto las miosotas continuarán tan frescas como en el primer día, excepto aquellas que ya tenían desarrollo muy avanzado cuando fueron recogidas. Además de las raíces surgirán nuevos botones que reemplazarán a las pocas flores que se marchiten.

CONSERVACION DE LAS FLORES FRESCAS

Los tallos floridos evaporan agua; por consiguiente, para mantener tur-

gentes los tejidos vegetales, esta pérdida debe ser compensada con nuevas cantidades de líquido. Se favorece la penetración de éste en los tejidos cortando oblicuamente la extremidad inferior de los tallos, pues así se aumenta la superficie de absorción. Con el mismo objeto se puede aplastar de un martillazo algunos centímetros del extremo del tallo.

El agua caliente da también buenos resultados cuando se trata de varas florales, como los jacintos y los narcisos. Si empiezan a marchitarse estas flores en el agua ordinaria, se baña la tercera parte inferior del tallo en agua muy caliente. A medida que el agua se enfría las flores recobran su rigidez. Antes de volver a poner las flores en agua fría, se corta la parte del tallo tocada por el agua caliente.

Algunos trocitos de carbón de leña puestos en el agua de un florero impiden la putrefacción del líquido; pero no obstante, se debe cambiar éste cada cinco días.

Se ha ensayado con resultado para conservar las flores varios días más que normalmente, el agua de jabón preparada con 30 gramos de jabón blanco y 3 gramos de sal común disueltos en un litro de agua. Cada mañana se retira el ramillete del agua de jabón, se le corta un poco, oblicuamente, la punta de los tallos y se sumerge a éstos, durante dos minutos, en agua pura, luego se rocía el ramillete también con agua ordinaria, y se le vuelve a poner en el agua de jabón.

Con el mismo objeto sirve el agua azucarada, preparada disolviendo 100 para las rosas, 150 gramos para los granos de azúcar por litro de agua clavales y 170 gramos para los crisantemos.

Además conviene recoger las flores por la mañana temprano y cuando están en botón que empieza a abrirse. En el florero los tallos deben estar sumergidos hasta las dos terceras partes de su longitud.

Bautismos excéntricos de barcos

Parece ser que la antigua costumbre de bautizar los buques estrellando en su casco, en el momento de botarlos, una botella de champagne, está llamada a desaparecer. Hoy, por lo menos, va decayendo mucho, gracias al capricho de algunos innovadores extravagantes. Por cierto que no es cosa muy sabida, y por lo tanto conviene consignarla, que cada vez que el almirantazgo inglés bota un buque, recibe infinidad de solicitudes de las principales casas productoras del regío vino, pidiendo que sea bautizado con vino de su casa. Algunas han llegado hasta ofrecer a la corporación 5.000 pesos por el privilegio, pero siempre se han desechado tales proposiciones, y el bautismo se ha efectuado con una botella sin etiqueta de ninguna marca.

Los fabricantes ofrecían tan gran prima con el exclusivo objeto de hacerse el reclamo, pues exigían como condición indispensable que en el acta oficial de la ceremonia constase la razón social de la casa productora.

El mismo rey de Inglaterra ha contribuido al decaimiento de la moda, declarándose partidario de que en los bautizos de yates y otros buques de propiedad particular se emplee agua en vez de vino, y muchos propietarios han declarado que la costumbre no tiene nada de poética ni de romántica. En cambio, la costumbre japonesa de soltar pájaros en el momento de la botadura resulta mucho más bonita, y por eso la van adoptando muchos armadores de yates ingleses y americanos.

En los Estados Unidos se emplean con mucha frecuencia otros líquidos en vez de vino para el bautizo de los buques de guerra.

Cuando se bautizó el "Connecticut", promovieron una gran agitación las señoras americanas enemigas de las bebidas alcohólicas, diciendo que era una verdadera perversidad el bautizar un barco con champagne, no sabemos si por lo caro que cuesta el vino o porque calculasen que su uso para la ceremonia pudiera contribuir al desarrollo de la afición al consumo de bebidas. En sustitución del vino propusieron que se em-

please una botella de agua, y fueron complacidas por el gobierno; de suerte que al entrar en el mar el "Connecticut" le fué estrellada en el casco una botella de lo que sus compatriotas titularon "cerveza de Adán".

Como nuestros lectores saben, en Norte América hay mucha costumbre de dar a los buques el nombre de alguno de los Estados o ciudades de la nación, circunstancia que alguno aprovechó para lanzar la idea de que cada barco debía ser bautizado con el líquido más famoso que se produjese en la comarca cuyo nombre recibía. La idea pareció de perlas a muchos, y antes de botado el "San Luis", los fabricantes de cerveza, industria muy importante de la ciudad, se apresuraron a pedir al gobierno que el buque fuese bautizado con una botella de la mejor cerveza que se produce en San Luis.

Al ir a botarse al agua el "Kansas", el gobernador del Estado de este nombre pidió se le bautizase con una lata de petróleo del país; pero sus adversarios políticos tomaron a broma la proposición, y el "Kansas" recibió su botellazo de champagne.

Ni un bocado del desayuno antes de tomar agua

Un vaso de agua caliente
con fosfato, impide las
enfermedades y nos
conserva bien.

De la misma manera que el carbón al consumirse deja tras sí cierta cantidad de material incombustible en forma de ceniza, así el alimento y las bebidas tomados día tras día dejan en el canal digestivo cierta cantidad de material no digerible, el cual, si no se elimina del sistema cada día, se hace alimento de los millones de bacterias que infestan los intestinos. De esta masa de desechos dejados atrás se forman venenos, como las ptomainas, que son absorbidos por la sangre.

Los hombres y las mujeres que no pueden sentirse bien deben empezar a tomar el baño interno. Tomar todas las mañanas antes del desayuno un vaso de agua realmente caliente con una cucharadita de fosfato limestone, para eliminar de los treinta pies de intestinos la acumulación de venenos del día anterior y las toxinas, y mantener todo el canal digestivo, limpio, puro y fresco.

A las personas sujetas a jaquecas, resfriados, bilis y estreñimiento, así como a otras que despiertan con mal gusto en la boca, aliento fétido, dolores de cabeza, rigidez reumática, o con acedía o eructaciones después de las comidas, se les recomienda encarecidamente proveerse de un cuarto de libra de fosfato limestone en la botica, y comenzar así a practicar el aseo interno. Les costará poco, pero es lo suficiente para hacer de cada persona un entusiasta de este asunto.

Recuérdese que el baño interno es mucho más importante que el externo, porque los poros de la piel no absorben impurezas para la sangre, lo cual arruina la salud, mientras que los poros del intestino, sí. De la misma manera que el jabón y el agua caliente limpian, suavizan y refrescan la piel, así también el agua caliente y el fosfato limestone obran sobre el estómago, el hígado, los riñones y los intestinos.

El fosfato limestone se expende solamente en latitas cuadradas y toda oferta en otra forma debe rechazarse.

Para informes: L. F. MILANTA
Rivadavia 1255 Buenos Aires.



La granada que usaron los civiles

De mi gleba

(De "El libro humilde y doliente...", recientemente aparecido.)

—Cuánto cariño le tengo a mi escuela blanca y qué armoniosa y tranquila me es la vida en ella... Cuando acaba mi clase, miro desde la tranquera dispersarse mis chicos; pobrecitos, con sus alpargatitas blancas y sus trajecitos ridículos y mal hechos... Algunos se suben a los caballos más feos y más sucios de la casa que les dan para que vengan hasta de a tres juntos encima y que esperen pacientemente toda la tarde atados en el cerco debajo del paraisal, sacudiéndose las moscas con la cola. Otros, y las nenitas, se van andando, hablandose a gritos, mutuamente, corriendo... En un momento vuelve a quedar solo el camino, bajo el sol que ya cae y que en estas tardes de primavera dulce lo envuelve todo en un polvillo mágico de oro...

Cuando me quedo sola, he tomado la costumbre de agarrar un libro cualquiera e ir a acabar mi día soñando, en un verde rinconcito escondido que yo he descubierto. Tengo que marchar un rato, y lo hago andando despacio, con dulzura, por ese camino que me conoce tanto y del que yo amo todos los yuyitos, todos los bichitos, todos los rincones.

Detrás de los álamos, en un camino cortado, por el que nadie pasa, hay en una lomita un macizo fresco de pasto y árboles, junto al remansito de la laguna verdoso y tranquilo que los refleja... Allí me tumbo, y leo o sueño en una interminable y divina pereza del cuerpo y del alma... Pasa algún pájaro, una chicharra monótona se divierte con su música... veo desde allí, debajo mío, el campo llano, extendido, con casitas diseminadas al azar y un pedazo de la cinta del camino... Oigo ladrar un perro, o voces lejanas, o gritos de animales: o veo pasar un carro que se ve chiquitito y mientras va oscureciendo, y en el cielo aparecen a trechos puntitos luminosos... Y me enerva una sensación tan grande de paz, de dicha que sólo deseo que el mañana y que el siempre sean como ayer y como hoy, y que no cambie jamás nada en mi vida... Miro siempre con terror lo que vendrá, la ciudad mala que me acecha..., traje aquí mucha pena y ha sido tan bueno para mí este rinconcito de vida sencilla donde aprendo a soñar...

¡Oh!, sí... lo que yo pido es que el tiempo no pase... que este minuto se prolongue toda mi vida, que sea para mí el mañana como este hoy en que vivo toda la dulzura y toda la paz...

He traído hoy un libro extraño y soberbio que no amo, pero me parece que si lo leo aquí no me contaminaré con el podrido hálito ciudadano que como un veneno sutil flota en sus páginas... Sin embargo, en ellas, el gran poeta —"el Divinísimo", como él mismo se llama— endiosa de una manera sublime a una naturaleza que yo no comprendo, llena de perfumes históricos y de literaturas ficticias; tan distinta de esta naturaleza buena, sencilla y clara de éloga que yo siento.

Pero es un libro hermoso, divinamente hermoso... Será que hoy yo tengo mi alma demasiado sana, por lo que lo cierro hastiada... No he leído bien... y se mece en mi cerebro una frase... Jesús de la Gleba... Jesús de la Gleba. Y veo a un anciano sembrador, que con un gesto amplio de su mano esparce la simiente... Jesús de la Gleba... qué bonita frase... Jesús de la Gleba...

Desde donde estoy me separa sólo un cerco de alambre escondido entre las plantas de un gran pedazo de tierra inculca. Hoy lo están arando. Por los bueyes conozco que es "Don Luiyan" el que ara. Nadie más que él tiene aquí bueyes para el trabajo. Se aleja su silueta inclinada hacia el sol que se hunde... luego vuelve hacia mí, hasta llegar cerca, muy cerca, sin sospechar que hay alguien que lo mira... Una bandada inmensa de torditos negros lo acompaña. Se paran sobre los bueyes, sobre el arado, sobre los hombros, y luego caen a plomo, como una mancha negra sobre la tierra removida buscando los bichitos. Por qué trabajará tanto tiempo?... Ya lo vi temprano desde la ventana de mi clase... Cómo no se cansa... es tan viejo... tendrá casi noventa años... o más. A mi escuela vienen nietos y biznietos suyos.

Es de los genoveses campesinos de ojos ingenuos que con sus mujeres jóvenes y fuertes como ellos cruzaron hace muchos, muchos años el mar azul para venir a trabajar nuestra tierra que necesitaba de sus brazos... De las mujeres no queda ninguna. De los hombres, dos. El y otro viejo: "Don Jácumi", como le dicen... Los otros duermen ya para siempre en la tierra a la que dedicaron su vida y que debe ser para ellos leve y buena; pero aún viven en los descendientes de su sangre que forman la colonia bulliciosa y trabajadora, y que no los olvidan...

Los domingos temprano yo veo a los dos viejos pasar por la iglesia. No quieren ir en el carro donde ya van sus hijos y sus nietos. Les parecería

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Doctor ZAMBRINI

Profesor suplente de la facultad de medicina

Jefe de clínica del servicio de nariz, garganta y oídos del Hospital San Roque

531-TUCUMAN-531

2 a 4 p. m.

Dr. Apolo M. Ratto

SEÑORAS Y PARTOS

Cabildo, 2961

Unión Telefónica, Balgrano 1169

CONSULTAS DE 1 A 3 P. M.

Dr. J. M. Blanco Spangenberg

Del hospital Alvear

Venéreo - sifilíticas

De 3 a 6 p. m.

U. T. 4625, Lib. RIVADAVIA 1432

DENTISTAS

J. BONANSEA



Cirujano dentista de las Facultades de Bolonia y Buenos Aires. Moreno 990. — U. T. 3699 (Libertad).

resplandor de santo. El es el patriarca. Más que a los suyos gobierna la colonia entera, que nadie hace una cosa sin consultarlos a los dos viejos, aunque a Don Jácumi poco caso le hacen porque saben que es terco y borracho y que ya chochea.

Aun así, trabajan los dos viejos la semana entera, junto con los jóvenes. Son los dos felices; tienen su familia

más... ¡Cómo somos de amigos los dos!

Pero qué diría él, si en vez de darle la mano riendo y empezar nuestra charla de siempre, yo con un ademán teatral le dijera: ¡Salve!... ¡Bendita sea tu cosecha, bendito tu pan futuro!... Me río de pensar con la cara de asombro que me miraría...

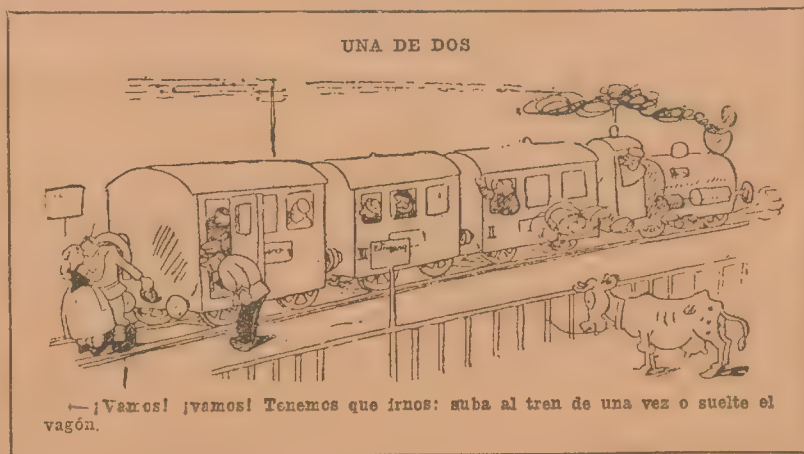
Aun la tierra que le vi arar y sembrar de avena está negruzca, húmeda y removida. Todavía no han reventado aun las semillas, y ya Don Luiyan se va, nos deja del todo... No me atrevo a decir que se muere el que vive aún en tantas cosas buenas.

Con el aula casi vacía, sola con los chinitos, que no ha venido ninguno de los suyos, doy una clase triste y monótona mientras pensando en él miro por la ventana desde donde tan pocas tardes atrás lo viera trabajar, rodeado de la banca de torditos negros, y a la salida de clase de sus nietos y biznietos, que hundiendo las patitas en la tierra arada iban a darle un beso espantando a los torditos, antes de seguir para sus casas.

Pobre mi viejito amigo... Ya se apaga su vida como una luz que ha ardido demasiado tiempo...

Más tarde, hago a pie el camino hasta su casa. Voy pisando por tierra suya y lejos veo el caserío, los galpones, los potreros... Delante un jubileo de carros, caballos, jardineras... los raros vehículos de todos los que han ido llegando... No puedo comprender de dónde salió tanta gente, como la que cuchichea y solloza por allí. Bajo los naranjos floreados aún, en una mesa un grupo de muchachas trabaja arreglando montones enormes de flores, que se agrandan a cada momento; para nadie mejor que para él. homenaje de las galas de la tierra al que fué su siervo tantos y tantos años.

En el galpón suena la máquina de coser y otro grupo amigo maneja trapos negros... Parado pensativo con-



—¡Vámonos! ¡vamos! Tenemos que irnos: suba al tren de una vez o suelte el vagón.

una gran impiedad. Marchan los dos por el camino con sus gruesas botas, con sus anchos sombreros... Yo sé que cantarán junto con el cura, que se arrodillarán rezando a gritos, con su fe divina de gringos viejos.

De vuelta jugarán a las bochas en el "boliche" y tomarán sus copas. Luego comerán juntos su tallarinada... Don Jácumi se pone "alegre" todos los domingos. Es petizo, coloradote y ríe y grita siempre... Don Luiyan es un lindo viejo de estudio de pintor. Alto, erguido, delgadito... a ambos lados de su cabeza calva se riza largo el cabello de plata. Es blanco como de marfil y en su cara lampiña sus ojos azules miran con la misma ingenuidad que los ojos azules de sus biznietos. Cuando ríe su cara se ilumina con un

junta, muchas tierras...

Pienso en todo esto vagamente mientras la tarde cae y Don Luiyan ara...

Ahora ya deja de trabajar; arregla el arado y sale al camino llevando sus bueyes a paso lento... Se va el sol. Yo también me levanto y bajo. Nos encontraremos en el camino y sé que me dará la mano, que me hablará de lo que siembra, de la lluvia, del chico que echa los dientes, del que nacerá, de la nieta rubia que se le casa, de los otros que vienen a la escuela, del que tiene las planas emborrionadas, del que no puede aprender a hacer los números... Luego me prometerá frutillas o uvas, o la pollita blanca que tiene para mí y que me mandará en cuanto se haya criado un poquito

FRAY MOCHO

SE PUBLICA
LOS MARTES

Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . \$ 2,50	Trimestre \$ oro 2,00	Trimestre . . \$ 3,00
Semestre . . . 5,00		Semestre . . . 6,00
Año 9,00	Semestre . . . 4,00	Año 11,00
N.º suelto . . 20 cts.		N.º suelto . . 25 cts.
N.º atrasado 40 "	Año 8,00	N.º atrasado 50 "

Dirección y Administración: P. COLÓN, 1266.—U. T. 184. Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están aovistos de una credencial de esta revista.



Diez nudos por hora.

tra un naranjo está el tapecito Esteban, el gran dolor de la vida del viejo en sus últimos tiempos. Es el marido de la Teresina que era su nieta preferida. Lo habían criado en la casa como peonito y cuando la muchacha se encaprichó con él y no tuvo más remedio que hacerlos casarse y dejar que se la llevara al rancho de su madre por allá por el Clé, don Luiyan sufrió mucho. Todas las mujeres de su casa se habían casado como manda Dios y con los de su raza; y que ella, su preferida, hiciera eso... no volvió a nombrarla más pero todos sabían que por ella era por lo que se ponía triste a ratos...

Otra muchacha tiene en brazos un tapecito lindísimo, el único tapecito de la familia. Es el hijo de la Teresina... Me cuenta todo. Fue el viejo que cuando se sintió mal los había hecho llamar... Los esperó impaciente, temiendo morir antes de que llegaran... Había hecho poner la cama al lado de la puerta para que le diera el sol, pues sentía frío; desde allí veía el camino. Cuando llegaron, puestos de rodillas al lado de la cama, los bendijo y besó al chico... Luego reuniéndolos a todos los había hablado... Se iba a morir, ya le llegaba su hora en paz con Dios y con los hombres... si había hecho un mal que se lo perdonaran (lo decía por Esteban)... No lloren hijos, a todos nos llega, y solo pidan ustedes morir como yo... Vivan como hasta ahora unidos siempre y quéranselo mucho... Y había repartido todo lo que tenía... Yo les dejo algo, a vos la tierra de atrás de los álamos, a vos la chacrita del bañado, a otro los carros, a otro la parte de la colonia... A la Teresina, que es la más pobre, la casa con todo lo que tiene. Déjensela y ayúdela siempre... Confiérmense cada uno con lo que le doy y no anden con justicia, que es poco, y se les quedarán con todo. Había seguido hablando sin olvidarse de ninguno, aconsejando a todos... Y bajo el rayo de sol que nimbaba su cabeza blanca había dulcemente entregado el alma a su Dios, que la habría acogido con júbilo en su gloria, colocándola con las elegidas de los justos entre los justos...

Caminamos lentamente para las casas. Junto a una puerta la Teresina, embarazadísima, rubia y hermosa siempre, lloraba sacudiéndose toda entre un grupo de mujeres que la daban té y cosas para oler...

En un rincón de la pieza en que había muerto, acostado aun en su cama de hierro, tapado con la colcha blanca y las manos cruzadas sobre el pecho, Don Luiyan sonreía dulcemente... No tenía ni luces, aun no había llegado nada del pueblo... Estaban malos los caminos y hablaban de enterrarlo cortando cercos y llevando el coche por entre las quintas bajo los árboles y sobre la tierra sembrada para que llegara bien a donde iba a quedarse para siempre...

Ahora, unas cuantas mujeres sentadas, silenciosas, por los rincones le

hacían compañía... Me uní a ellas y mirándolo pensaba... Un rayo de sol llegaba todavía hasta los pies de la cama y ponía en el suelo un cuadrito pálido... De ese sol que él tanto amaba y acariciado por el cual había querido morir.

Pensaba yo, que él tenía las manos finas y blancas como el marfil, pulidas y suavizadas por la muerte, y en

me tuca a mí. U l' é chu de sesciant' anni che vivemu in seme... Ghemu tanti e oua sulu ghe restu mi... Ghemu du mescimo paese e in tutta a vita mai un giurnu semu steti senza vedise... E oua, cose faio mi... cose faio mi...

¡Segnu can cose faio mi!...

Salvadora MEDINA ONRUBIA.

"Vida del almirante don Cristóbal Colón"

por FERNANDO COLÓN, su hijo

EXCELENTE EDICIÓN DE UNA IMPORTANTE OBRA HISTÓRICA

En un tomo de 300 páginas, impreso en papel fino

Precio: \$ 2.50 M/N

En venta en las librerías de la Capital Federal

Los pedidos del Interior, acompañados de su importe deben ser dirigidos a

EDICIONES LEMARC

Montevideo 1088

Buenos Aires

que no parecían las manos del incansable siervo de la tierra que había sido, cuando entró Don Jácumí... Yo no había pensado en él y me dió lástima verlo, de cambiado y de triste... Habían querido ocultárselo, no dejarlo venir, y ahora lo seguían de cerca, pues no habían podido sujetarlo... Entró con su ancho sombrero en la mano, y se arrojó a los pies de la cama, justo sobre el cuadrito de sol... Estuvo callado un rato, y luego empezó un confuso rezo a gritos en su lengua... Las mujeres lloraban...

¡Pobre Don Jácumí! es para él todo el dolor de esta muerte, más que para los jóvenes que por ley natural se consolarán bien pronto... Pero él, con quién hablará de sus cosas, con quién irá ahora cantando o disintiéndolo a gritos camino de la iglesia los domingos por la mañana... Con quién jugará a las bochas y tomará sus copas... Don Jácumí reza a gritos y llora con lagrimones enormes que seca con su enorme pañuelo colorado... Su hijo quería llevárselo y le hablaba. Pero él, desesperado, rechaza consuelo y apoyo y explica su dolor a gritos...

¡Oh, me amigou, me amigou!—dice. Cúme ti nu m' é avison che ti andavi a mui?... Cúme ti me lasci sulu in sce sta terra... Ouá me tuca a mí,

Los solitarios del Atlántico

Valor acreditado se necesita para ser marino; pero esta cualidad se eleva a la categoría de temeridad o locura cuando al arrojarse en lucha contra las olas, se hace tripulando una embarcación que, realmente, más parece una cáscara de nuez.

Algunos de esos hombres valerosos eligieron compañeros para sus atrevidos viajes, y aun hubo quien hizo la travesía llevando consigo a su mujer, como el capitán Andrew, pero la regla general es que vayan solos.

Los primeros héroes—bien merecen ese nombre—que intentaron la realización de atravesar el Océano fueron Wells y Dawson, quienes embarcando en el bote "Visión", pasaron por los Grandes Bancos, donde se pusieron al habla con un vapor para procurarse provisiones, y continuaron el viaje, del cual nunca habían de volver. Jamás se supo su paradero.

Indudablemente fueron víctimas de esas terribles tormentas del Atlántico.

Poco después, dos años más tarde, Hudson y Finchly, en el "Rojo, Blanco y Azul" renovaron la empresa, con éxito.

Ochenta y ocho días invirtieron en la travesía, y la historia de sus sufrimientos quitaba toda idea de emulación.

Ilegaron al puerto semejantes a espectros, sin fuerza apenas para hablar.

A los pocos días de emprender el viaje, el agua salada había inutilizado sus provisiones y podrido sus ropas, ulcerando sus carnes y haciéndolos sufrir horriblemente con el reuma.

La desesperación les quitó el ánimo para luchar contra los elementos, y se limitaron únicamente a aferrarse a la caña del timón.

pidiendo a Dios que les concediese buenos vientos y una mar tranquila.

Cuando terminaron su viaje no eran marinos, sino dos verdaderos guñapos que no habían podido contrarrestar el poder de las olas.

Su premio estribó en los aplausos y felicitaciones de una muchedumbre que, después de calificarlos de héroes y de cuatro meses de obsequios y festejos, se apresuró a olvidarlos.

Atentados por el éxito de Hudson y Finchly, otros dos marinos, Miller y Lawson, en una frágil embarcación fueron de Gloucester a Southampton en cincuenta y siete días.

Masshall y French, en el esquife "John Ford" salieron de Baltimore para las costas de Irlanda.

En brava lucha contra las olas del Océano supieron resistirlas, y cuando ya estaban a la vista de tierra, Masshall se ahogó y French fué recogido por un trasatlántico.

Otra pareja de valientes, Hasper y Bangsen, hicieron en noventa y ocho días el viaje de Liverpool a Boston.

Hasta 1876 se realizaron los viajes en tan peligrosas condiciones, yendo dos o más. Desde ese año empezaron a salir hombres audaces que se arriesgaron a emprender solos la travesía.

Alfredo Johnson, pescador de Gloucester, construyó un bote de 5 metros y 17 centímetros de largo, y sin ayuda de nadie partió para Liverpool, tardando sesenta y siete días en el recorrido, de los cuales cuarenta fueron realmente angustiosos.

Una terrible tempestad hizo zozobrar el barco, y el valeroso pescador pudo mantenerse a flote gracias a un salvavidas de su invención.

Horas enteras pasó en las heladas aguas, tan pronto sobre la cresta de gigantescas olas como en abismos que parecían tocar el fondo del Océano.

No obstante esto, trató de recobrar el bote, y tan hercúlea empresa, que al fin pudo llevar a cabo, le costó inauditos esfuerzos.

El mar parecía burlarse de él, y cuando sus crispadas manos iban a aferrarse a las bordas de la lancha, una gigantesca ola le separaba de ella.

Por fin pudo aseirse del bote, y duplicadas sus fuerzas por el instinto de conservación, logró realizar el prodigio de volver el bote a su posición natural y entrar en él.

Cuando llegó a Inglaterra estaba enfermo del escorbuto, fúnebre y a dos dedos de volverse loco.

El capitán Crapo, de New Bedford, anunció que iba a partir para Penzance en unión de su mujer.

Despedidos por una muchedumbre ávida de emociones y a los sonos de las bandas de música, largaron vela y desaparecieron los dos esposos en el horizonte.

Sólo cuarenta y cinco días tardaron en su aventura; pero puede decirse que el éxito lo debieron a la casualidad. El viaje fué penosísimo y estuvieron a punto de perecer faltos de alimentos, de cuya situación los sacó un buque que pasó cerca de ellos. Las ballenas también les pusieron en grave peligro.

El capitán Howard Blackburn, de Gloucester, es otro famoso "marino solitario".

Se le conocía con el mote de "El pescador sin aletas", por habersele helado las manos en los Grandes Bancos.

En lugar de permanecer este inválido en su hogar, hizo todo lo contrario. En su sed de aventuras se inscribió en las listas de los navegantes aventureros.

En un diminuto bote contruido por él y bautizado con el nombre de "Great Western", salió de su puerto natal en dirección del puerto inglés de Gloucester, al que llegó después de 65 días de penosísima y dura navegación.

Dos años después, en 1891, hizo, en el mismo bote, un viaje de Boston a Lisboa en 69 días.

El invierno del año 766 en el hemisferio Norte, empezó el primero de octubre y aumentó gradualmente cada día hasta el mes de febrero del año siguiente. La helada fué tal, que el Bósforo y el mar Negro se helaron hasta treinta pies de profundidad, de manera que se podía ir a pie de Asia a Europa.



GRATIS COMPLETAMENTE

Se remite a cualquier punto de la república y exterior un hermoso libro de gran importancia, el cual enseña el NATURALISMO. Es de utilidad práctica y no debe faltar en ninguna casa de familia.—Dirija hoy mismo su pedido a

J. M. CARRIZO. Independencia 2515. Buenos Aires

Estando en plena estación estival, muy pocas novedades os puedo dar relacionándose con ella. Todas tenéis vuestras toilettes dispuestas, y resulta sumamente difícil mi tarea. Así, pues, os adelantaré algo de las novedades para la estación de otoño.

En primer lugar se nota una tendencia en alargar un tanto las faldas. Es tan discreto ese aumento, que casi todas mis bellas y coquetas lectoras no se darán cuenta de él, pero existe, lo que es una suerte. Todas ganaremos, créanme, y si no, con la práctica se irán convenciendo.

La línea es siempre igual, sencilla y elegante a la par. Las faldas son casi siempre un angosto "fourreau", con túnica forma de tubo de muselina de seda. Los adornos, cuando se trata de toilettes de calle, son discretos y sencillos, reservándose para las toilettes de noche en general, que entonces son espléndidos y bellos.

He tenido la oportunidad de poder contemplar en casa de una de nuestras grandes modistas un trousseau destinado a una joven y bella señora, y francamente no puedo dejar de caer en la tentación de describiros algunas prendas. Es cierto que son destinadas para ser lucidas en Mar del Plata, lugar predilecto de todas nuestras elegantes.

En primer lugar, había un "tailleur" derecho, angosto, en raión color verde-luz. La chaqueta se abría en punta delante, con dos angostos revés. Por cinturón, una tira del

Notas femeninas

del escote y del talle para anudarse atrás. Todas estas toilettes tienen un gran "cachet" de gracia y de originalidad.

También vi en la misma casa de modas, e igualmente destinado para una gran fiesta del Bristol, el modelo que describo seguidamente.

Imaginaos un angosto fourreau de satín negro, y sobre éste una cote de mailas de plata con mangas cortas y con un angosto cinturón de cinta. Nada más; pero las aseguro que era delicioso, sobre todo cuando se me dijo que su dueña tenía unos cabellos muy cortos y muy negros, que acostumbraba llevarlos echados hacia atrás, lo que le da un aire de un joven caballero de la edad media.

Únicamente les diré que hace falta estar bien segura de sí, de su línea, de su perfil, para aventurarse a llevar esa moda y ese peinado, pues sabido es que la elegancia más discreta es siempre la mejor, ¡no os parece amigas lectoras?

Esta misma discreción que desde tiempos lejanos parece prevalecer en las modas femeninas, se encuentra en todos sus detalles "en estos nádas" que completan una silueta y un traje, la bolsa de mano, los guantes, etc.

Y a propósito de bolsas, la boga de las de cuero barnizado está de baja; pero, en cambio, qué pequeña maravilla he visto entre los dedos de una joven dama el otro día. Imaginaos una bolsa en seda chinesca de un tono de turquesas muertas bordada y rebordada de dragones y quimeras en un tono azul indefinido, fuerte y suave a la vez.

Seguro que cada una de nosotras tiene en algún cajón un trozo de estas sedas de Oriente de una so-



bria riqueza. ¿Y cómo mejor utilizarlo que de este modo? Así es, aprovechaos de la oportunidad que os brinda la moda apurándoos, pues bien sabéis por experiencia lo voluble que es y lo

que duran sus caprichos.

Otra novedad es el retorno de las trencillas de seda como adorno. Se las ve por todas partes, en largo, en ancho, al través, y me temo que pronto nos pareceremos a los barrilitos... ¿Qué les parece?

Pero basta de comentarios y, si queréis, vamos a mirar juntas nuestros modelos de esta página:

El primer modelo es un traje-túnica, de lana azul, bordado en el mismo tono. La túnica puede ser llevada con cualquier otra falda, si se quiere. Un cinturón doble, completamente bordado, aprieta algo su amplitud. Lindo es el segundo, que es una combinación de liso y de escocés. La falda tiene cuatro "panneaux" lisos y flotantes. El cuerpo es largo y drapeado en cinturón atrás.

El tercero es en jersey de seda, color rosa y de hechura camisita. Unas pequeñas perlas de madera, colocadas en hileras alrededor de un bies, dibujan un efecto de "basques" en el alto de la falda. Mangas semilargas; peto y bies de crespón blanco.

El último modelo, o sea el cuarto, es en jersey de lana recubierto con una larga túnica bordada; se abre sobre los costados. Gracioso efecto de un chaleco bordado. Como complemento lleva una echarpe cuyas caídas son bordadas y completan la toilette.

El color de esta linda toilette es gris humo con bordados blanco.



Otra toilette que me llamó también la atención era en "voile", plegado sobre un fondo de satén en el mismo tono. Las mangas cortas eran de encaje bretón con un bies de "voile" a la orilla, y en el bajo de la túnica el mismo encaje se ve de nuevo. Una cinta de color turquesa pasa como jareta alrededor

ALACRANEO LIBRE



El ciego (al lazarrillo).—Mira qué cara de contento pone el sordo Pedro al escuchar de boca del mudo Diéguez, los insultos que le dirigió a aquella vieja tacaña que no le quiso dar limosna!

Dib. de Corti.

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

Ingenuo error

El eco devolvía de la campana pía, el tan, talán, patético, que hace estremecer a la audaz viajera. Sólo un perro famélico halla en la carretera, ¡Qué triste atardecer!

Al llegar a la grada de la imagen sagrada noble heraldo del templo, un Francisco de Asís de la virtud ejemplo,

acude un fraile viejo, pronto el labio al consejo: semblante sin dulzura, frío en severidad. ¡Qué busca en la abadía la pecadora o pura en hora tan tardía?

—¡Perdón paternidad! Inquirir deseaba la muerte que anunciaba la campana de honor, que toca solamente en muerte de prior.

¡Mi confesor tan sabio! El que torna el agravio en fuerte ligadura del amor fraternal! Tan humilde, que al pobre da su cabalgadura y él camina por sobre arisco pedernal!

El de vasta sapiencia, El de grande experiencia... —¡De fray Modesto habláis? Ni muerto ni mitrado señora le creáis.

De la alta jerarquía no penséis hija mía que a un pobre monje pueda alcanzar el honor. El ser sabio y honesto sin fama, en nada queda. Yo sé que 'Fray Modesto... jamás será prior'.

María LANDABURU.

El arroyo

Desde muy lejos, saltando, viene el sonoro arroyuelo, sus aguas llegan cantando entre los musgos del suelo.

Baja al llano por la loma; atraviesa los trigales, y hasta los huertos se asoma en cascadas musicales.

Nace junto a la vertiente y rumoroso dilata, por la campiña silente, su cordoncito de plata.

Y en la placida bonanza de la calma vespertina, se pierde allá en lontananza, entre la bruma azulina,

Arroyito cristalino ¿Dónde te encuentra tu fin? Con tu planir cantarino, ¡muere en algún jardín!

A medida que se aleja ondulando tristemente, va musitando una queja la lira de su corriente.

¡Por qué llegaste cantando y ahora trocas tu alegría y te marchas suspirando por la llanura sombría!

¡Te ha contagiado, arroyito, su honda tristeza la hora? ¡O es mi espíritu contrito que al ver que te alejas, llora?

José CENEDESE.

En tu balcón

Escucha la algarabía que ponen en tu balcón los pajaritos, que son los mensajeros del día.

Vienen a comer el grano que al iniciarse la noche pone con fino derroche tu blanca y pródiga mano.

De las notas de su pío surge un marcado contento que llena de esparcimiento todo el ámbito vacío.

¡Ves ese pájaro rico por su plumaje vistoso, cómo amontona goloso el sustento dentro el pico?

¡Y que ahora remonta el vuelo y acelera su volido hasta llegar a su nido que está en las hierbas del suelo!

Pajizo albergue que anida a cuatro endeble pichones que abren sus bocas, glotonas, al presentir la comida.

Sin que prefiera a ninguno da a cada uno lo que toca, colocándole en la boca su parte igual a cada uno.

Ese pájaro es modelo por su amante condición, de aquellas madres que son cual luminas del cielo.

Aquel que come a granel y con todos se malquista, es un pájaro egoísta que tan sólo piensa en él.

Y que al comer sin reparo que comen otros no deja, es un cristál que refleja la codicia del avaro.

¡Ves ese otro que se mece sobre aquella clavelina, y que cuando canta o trina su canto o trino te ofrece?

Es un poeta entusiasta, sus trovas son su fortuna que él dispersa de una en una sobre la campiña vasta.

Y éste que en el rostro a veces con su piquito te toca y no se atreve en tu boca comer el pan que le ofreces.

Pero que luego alentado al mirar tu mansedumbre, va adquiriendo la costumbre de probar algún bocado.

pero que luego alentado de no comer en el suelo, que en tu boca no hay recelo y es mayor el atractivo.

Y al seguirte donde vas, en su creciente cariño, semeja el pájaro un niño que siempre ambiciona más.

Quizás los pájaros tienen desde su lejano origen, sus leyes, porque se rigen, equilibran y sostienen.

Por eso en la inmensidad de clases y afinaciones, hay distintas condiciones como en nuestra sociedad.

Quien así supo reunir su corte de aves canoras, en el rodar de sus horas sabe soñar y sentir.

Yo ser pájaro quisiera para colmar mi ambición de pasarme en tu balcón cantando la vida entera.

Y cuando la luna arroba esas noches de verano, tener por jaula tu mano, por universo tu alcoba.

Teófilo C. CHIESA.

Intima

Yo también tengo mis horas tristes, que son todas las horas que estoy despierto, y aunque parezca a todos que soy dichoso

sufro por dentro,

sufro callado,

sufro en silencio

porque no quiero que nadie sepa

que estoy sufriendo.

Yo siento que en los campos yermos del alma donde tengo enterrados a mis recuerdos,

sólo soplan los vientos huracanados

del desaliento

y hay en sus rachas dolores cruentes

dolores que aniquilan a mi espíritu

y a mi cerebro.

Yo sufro de una angustia inexplicable...

Yo soy como esas aves que el invierno

dejó sin nido, dejó sin padres; las alas

rotas

y arrojó al suelo a ser juguete

del rudo viento.

y a sufrir de las nieves y de las lluvias

azotes gélidos.

Yo soy así, yo sufro, y, sin embargo,

nadie adivina lo que estoy sufriendo,

y me creen feliz y hay quien supone

que estoy contento...

¡Pobres! ignoran

que llevo adentro

con mis desesperanzas y desengaños

un cementerio.

Y que en el fondo triste de mi existencia

al reír de los otros no encuentra eco,

y que todo me causa tedio y hastío,

y estoy viviendo

y estoy durando

con este cuerpo

que no sabe de risas, ni de folgorios

hace ya tiempo.

Yo también tengo mis horas tristes,

que son todas las horas que estoy des-

pierto...

Y a todos les parece que soy dichoso...

Es que no quiero que nadie sepa

que estoy sufriendo!

Antonio TALAVERA.

Mi duquesita

Duquesita, yo te adoro

con fervor

y tu amor,

que es mi tesoro,

no lo cambiara por oro,

que es mejor

el amor de mi duquesa

que riqueza

sin amor.

Duquesita, yo te imploro

con ardor

que la flor

de tu boca, enrojecida

cual una rosa encendida

no la bese otro señor,

que yo a ese señor matara

si su perfume robara

por traidor.

Duquesita caprichosa,

yo deliro

cual cuando miro

la escultura primorosa

de tu cuerpo virginal,

que es de diosa

y cortesana

de pazana

y de oriental,

pues tu cuerpo perfumado

la Belleza y el Pecado

lo besaron por igual.

Duquesita de mi ensueño

por qué, di,

si de ti

soy el dueño

no me miras

y suspiras

—con temor—

Es mi amor

que te causa desventura,

—Duquesa de mi locura.

JUAN BERTINI



El día 5 de este mes se cumplió el primer aniversario de la muerte del escultor Juan Bertini, figura que consiguió destacarse en la legión de artistas extranjeros, que entre nosotros desenvuelven sus nobles actividades.

Nacido en Milán, el año 1863, Bertini cursó sus estudios en la Academia de Bellas Artes, de Brera, bajo la dirección del profesor Bazzagli, y desde 1893 se radicó en nuestro país, donde prestó su concurso en obras de verdadera importancia, como las del teatro Colón, Congreso Nacional, etc.

La mayor parte de su producción escultórica, la absorbió el arte religioso, al que dió sus mejores obras. Entre ellas merecen citarse el bajorrelieve del frontispicio, las estatuas de los cuatro profetas mayores y el artístico púlpito en mármol, considerado como el mejor de la capital, que existen en la iglesia de la Santa Cruz, de los Padres Pasionistas; un grupo, que mide cuatro metros de altura, representando a San José de Calasanz, en el colegio de las Escuelas Pías; una Virgen de mármol, en el colegio de los Padres Lazaristas; los cuatro ángeles que coronan las ventanas en la iglesia de la Piedad; el altar mayor de la iglesia de las Victorias; dos pilas de agua bendita en el templo del Salvador; un Cristo Redentor en la iglesia de San Nicolás; los ángeles decorativos de la iglesia de La Merced; un Cristo Redentor y los cuatro Evangelistas de la iglesia de Jesús Sacramentado; altar mayor, coro y pila de agua bendita en la capilla de las Hermanas Irlandesas; y otras numerosas esculturas ejecutadas para diversos templos e instituciones de enseñanza del interior de la república, que comprueban su fecundidad e indudable competencia artística.

La muerte del escultor Bertini, fué hondamente lamentada en nuestros círculos de arte y entre la colectividad a que perteneció el extinto, pues con ella se apagó la personalidad de un artista laborioso e inspirado, y la de un correcto y afable caballero.

no hay maestro mejor para enseñar con ternura la amargura del dolor que amor.

Duquesita enamorada no te muestres preocupada si mi fin es amarte por mi suerte, hasta que me des la muerte ¡qué le dieras por quererte al poeta Serafín!

Serafín C. CRIADO.

Canto de amor y primavera

Siéntense murmullos dulces y armoniosos que parecen notas de suave alegría que parecen trinos, que parecen cantos como los gorjeos de mil avecillas. Siéntese una dulce placidez de aurora como melodiosos trinos a la vida que parecen giras, que parecen auras, que parecen himnos de ternas caricias. Y se siente el ansia de las pastorelas cuando entre los riscos cantan a la dicha, que los pastorcillos ofrendarles quieren con el amor sacro de alma campesina.

Entre los trigales va revoloteando la calandria amiga de la primavera lleva en sus patitas una espiga de oro, rima en su garganta cálidas endechas; para sus hijuelos es la rubia espiga y a la primavera sus notas más tiernas.

Van los pastorcillos, van las pastorellas, por el campo alegre guían sus ovejas, cantan los pastores cantos amorosos que las pastorellas oyen muy contentas y todos a dúo van cantando una melódica rima a la primavera.

Suenan los violines de los amorcillos preludiando un aria, y elevan sus notas de suaves cadencias que llegan al alma, se van deshaciendo en lluvia de estrellas en lluvia de ráfagas, y al caer se forma sobre tus cabellos una luminosa gema de nostalgias, que parecen giras, que parecen auras...

Ubaldo MURIEL.



FOTOGRAFÍA ARTISTICA



—¿Qué les parece a ustedes el rinconcito que he descubierto para reirme del termómetro?



Aspecto que ofrecía la región de la Fère, en Francia, inundada por el ejército alemán en retirada, con el vano propósito de detener el victorioso avance de los aliados.

